

Presupuestos para la **formación** de la Idea de Nación en **Hispanoamérica** desde el pensamiento de **Andrés Bello**



PIERO EMMANUEL SILVA ARCE
diseño de portada: Miren Jone Ernaga

UNINAVARRA
editorialA

Presupuestos para la formación de la idea de nación en
Hispanoamérica desde el pensamiento de Andrés Bello.

Piero Emmanuel Silva Arce

Presupuestos para la formación de la idea de nación en
Hispanoamérica desde el pensamiento de Andrés Bello.

Piero Emmanuel Silva Arce

Presupuestos para la formación de la idea de Nación en Hispanoamérica desde el pensamiento de Andrés Bello

© 2018 Editorial Uninavarra

1ª edición, 2018

Reservados todos los derechos. El contenido de esta publicación no se debe reproducir, almacenar en un sistema de recuperación o transmitir por cualesquiera otros medios, sin el consentimiento previo del editor.

Autores:

Piero Emmanuel Silva Arce

Diseño y Diagramación:

Camilo Mendez

ISBN: 978-958-56518-1-4

Editorial Uninavarra

Calle 10 No. 6-41

Neiva - Colombia

+57 (8) 8740089 - 871 1199 - 8722049

editorial@uninavarra.edu.co

Agradecimientos

A mi familia por el apoyo incondicional durante todo el pregrado de Ciencia Política. Mi padre: Israel Silva Guarnizo, mi madre Aydee Arce Sánchez y mi hermana Paula Daniela Silva Arce, fueron siempre ese incentivo espiritual tan importante durante todo este proceso de formación como profesional en la Universidad de Antioquia.

Al Asesor Juan Guillermo Gómez quien jugó un papel decisivo en la concepción y conceptualización de este trabajo, sin su apoyo y colaboración no habría sido posible realizarlo y optar al título de POLITÓLOGO.

A los integrantes del “semillero de investigación: Estudios Sociales y Políticos en América Latina” coordinado por mi amigo y profesor Rafael Rubiano Muñoz, pues me ayudaron a descubrir nuevas lecturas y enfoques sobre la concepción política de Andrés Bello.

Finalmente, fue de gran suerte compartir las aulas de clase y las conversaciones amenas con unos compañeros muy unidos, solidarios e inteligentes, los cuales fueron fuente de conocimiento y de momentos de alegrías inolvidables.

Contenido

	Pág.
Introducción	5
1. Génesis de la idea de la nación	21
1.1 Idea de nación en Emmanuel Sieyes	23
1.2 Idea de nación en Edmund Burke	28
1.3 Idea de nación en Thomas Paine	31
1.4 Idea de nación en j. Gottlieb fichte	35
2. La biblioteca americana y la nación en andrés bello	39
2.1 Vida de Andrés Bello	39
2.2 Juan García del Río	41
2.3 Bello: del monarquismo al republicanismo	44
2.4 La biblioteca americana como ideal de emancipación y de cultura intelectual	47
2.5 Nación y Poesía	50
2.6 La literatura como gestora política	53
2.7 Bentham y la representación política	58
3. Consideraciones propias	63
3.1 La eterna discordancia entre la realidad y lo ideal	63
3.2 Nación, estado, élites y ciudadanía	67
3.3 La educación y la nación	69
3.4 Algunas consideraciones finales acerca de la monografía	71
Bibliografía	73

Introducción

“Del centro de estas costumbres i gustos generales se levantan especialidades notables, que un día embellecerán i darán un tinte original al drama i al romance nacional”.
Sarmiento (Fac., Cap. II)

En las últimas tres décadas el tema de la formación de la nación en Colombia ha sido tratado de muy buena forma por algunos de los intelectuales más fundamentados y juiciosos. Estos se han dado a la tarea de analizar desde diferentes ópticas los elementos fundamentales que, de acuerdo con sus intereses investigativos y argumentativos, han jugado un papel relevante en la formación de la nación colombiana. Nuestra nación ha sido enmarcada dentro de la mirada de los diferentes Estados latinoamericanos, que con todas sus diferencias dibujan algunos puntos que unen de cierta manera la historia nuestra como región y como Estados nacionales independientes. Una de las autoras a destacar en esta discusión es la politóloga antioqueña María Teresa Uribe, quien ha mostrado una perspectiva muy interesante para comprender la formación de la nación colombiana; ello a través de acciones como la guerra y los hechos que marcaron hitos y rupturas en la cotidianidad de la sociedad Colombiana, para darle forma a los nuevos imaginarios de la nación, esto es: “Las guerras son eventos trascendentales en las trayectorias de las naciones, momentos de ruptura en los cuales se trastocan los órdenes convencionales, situaciones de riesgo y de peligro generalizadas y sucesos trágicos que significan la alteración de la vida para sectores muy amplios de la población”¹.

¹ URIBE DE HINCAPIE, María Teresa. Las palabras de la guerra. En: Estudios Políticos. Julio-diciembre, 2004. no 25, p. 11-34.

Para María Teresa Uribe la nación es la representación que mantiene unidos a los individuos de una determinada comunidad, que cuenta con una historia más bien común, la cual liga el pasado y el presente por medio del constante trasegar de hechos que moldean la idea de nación. La narrativa, por medio de las palabras que resultan de una cultura determinada, es la que mantiene esa idea de nación. Es así como las guerras, gracias a su fuerte contenido simbólico y a su capacidad de incidir sobre grandes capas de la sociedad, son acontecimientos que han sido determinantes para comprender la nación colombiana a través de su historia. “Las guerras civiles del siglo XIX colombiano fueron guerras entre ciudadanos, guerras por la nación, por el establecimiento de poderes y dominios con capacidad de dirección y de control político; guerras por la conformación del Estado moderno y por la generalización y ampliación de sus referentes de orden: soberanía, derechos y ciudadanía. En fin, fueron guerras por la política, y acciones políticas vividas como si de una guerra se tratara”².

Pero estas guerras por la nación de las que habla la profesora Uribe no solo se quedan en el campo de batalla, sino que se trasladan a las relaciones de poder que envuelven al grueso de la sociedad del siglo XIX. A partir de todas esas tramas, se forjan los discursos, los escritos, las palabras, las proyecciones políticas, que ponen en juego o en confrontación las distintas ideas alrededor de la nación. Las formas narrativas que se configuran de los sucesos de la guerra, no solo caen en el dominio de las élites ilustradas o burocráticas; también se internan en el imaginario social remodelando las culturas, las costumbres, las tradiciones y las percepciones de los individuos. Esta “es una de las facetas más cautivadoras de la magia de las palabras”³.

²Ibid., p. 15.

³Ibid., p. 18.

En la Colombia del siglo XIX, los argumentos retóricos de los diferentes bandos en contienda contribuyeron en la consecución de las guerras civiles. Unos manejaban un discurso en contra de los gobiernos, a los cuales acusaban de tiránicos y antidemocráticos; otros, por su parte, observaban el peligro de los grupos en contra del orden establecido. En fin, el leguaje, esa arma tan importante para Andrés Bello, incidió de una forma determinante en las guerras civiles de nuestro país como claramente lo deja ver María Teresa Uribe. “A través de ellos los contradictores pudieron argumentar sus diferencias ideológicas en torno a la forma que debería tener el Estado, cómo imaginar la nación, cómo concebir al ciudadano y sus derechos, y cómo estructurar el régimen político, las leyes y normas que deberían definir el orden de la república y el ejercicio del poder”⁴.

En torno a las guerras de independencia –dice la profesora María Teresa– existieron dilemas morales frente a dos cuestiones fundamentales para la configuración de las nuevas naciones. Por un lado, el tema de la identidad, la búsqueda de una cultura propia que ayudara a configurar una nación; por otro lado, la idea de los derechos como uno de los ejes sobre los que se movieron los conflictos por la emancipación. Se hilvana entonces –principalmente desde Bolívar y la carta de Jamaica– un discurso trágico donde lo extranjero, en este caso el imperio español, es el usurpador y el inquisidor de los derechos en Hispanoamérica, “contra lo cual solo cabe el derramamiento de sangre, haciendo de la guerra y del uso de las armas, no solo una opción entre otras para fundar la nación, sino algo necesario y justo [...]”⁵.

Los discursos que reivindicaban los derechos usurpados por los españoles se convirtieron en Colombia, que en el siglo XIX estaba desintegrada y dividida, en una forma de alentar los ánimos de los ciudadanos para que se conformaran posteriormente sistemas de representación social.

⁴Ibid., p. 20.

⁵URIBE DE HINCAPIE, María Teresa. Las guerras por la nación en Colombia durante el siglo XIX. En: Estudios Políticos. Enero-junio, 2001. no 18, p. 9-27.

Para la profesora antioqueña es claro que toda esta retórica no estuvo solamente en las altas esferas intelectuales, sino que logró permear al grueso de la población e incidir en las guerras y conflictos originados por luchas que promovían una idea de nación.

Tener en cuenta estas perspectivas planteadas por la profesora antioqueña María Teresa Uribe es muy importante, ya que es una escritora que ha indagado ampliamente sobre el tema de la formación de la nación colombiana en el siglo XIX. Al mismo tiempo ella ha construido sus propias hipótesis de lo que significaron las independencias en Hispanoamérica: “Las revoluciones de independencia culminaron con la instauración de un Estado moderno y con una definición contractualista y pactista de la nación, que se imagina formada por individuos libres e iguales, despojados de sus particularidades sociales y culturales, que voluntaria y racionalmente pactan sus derechos y libertades en la escena pública, definiendo, así, otra fuente de legitimidad para el poder y un orden regido por instituciones abstractas”⁶.

Por otra parte, un autor importante como el historiador Fernán González también ha centrado el análisis de la nación en los sucesos guerreristas planteando que:

Las confrontaciones civiles del siglo XIX contribuyeron a construir la nación y a anudar las sociabilidades políticas, locales y regionales en partidos con pretensiones nacionales e idearios bien definidos. Sus estudios también permiten ver cómo se complicaron guerra y política, y de qué manera se fueron perfilando las redes verticales y horizontales entre agentes, localidades, pueblos y vecindarios para darle forma a lo que hoy tenemos como Estado, nación y partidos⁷.

⁶Ibid., p. 16.

⁷URIBÉ DE HINCAPIE, *Las palabras de la guerra*, Op. cit., p. 14

De este modo se observa una marcada referencia a los hechos que condujeron a crear los sentimientos de patriotismo y los imaginarios de nación que dieron lugar al ordenamiento del Estado colombiano. De acuerdo con esto, Fernán González⁸ plantea que los conflictos de la primera mitad del siglo XIX giraron en torno a la delimitación de territorios, a distinguir los patriotas de los traidores y a configurar las relaciones entre el centro y las regiones.

González está de acuerdo que la nación colombiana carecía de elementos identitarios fuertes en el siglo XIX como una historia común, ancestros comunes o una ligazón cultural importante. No obstante, las guerras civiles generaron adhesiones partidistas tan fuertes, que fue a partir de allí que se comenzaron a generar sentimientos nacionalistas. “La identidad nacional de los colombianos pasaba entonces por la pertenencia a esos partidos, no solo como confederación de redes locales y regionales de poder, sino también como comunidades imaginadas”⁹. Estas comunidades de adhesiones partidistas eran, por supuesto, excluyentes y desestructuradas.

Las guerras civiles generadas a partir de 1810 en Colombia tuvieron varios antecedentes. Los conflictos entre las regiones originaron divisiones internas y produjeron una inestabilidad en el orden nacional. A ello se le sumaban las relaciones clientelares tejidas en varios años y aprovechadas por los diferentes caudillos del momento, como Mosquera, Obando o Herrán, solo por nombrar algunos. A pesar de la desintegración a nivel nacional, estos conflictos fueron el inicio de los partidos tradicionales y de una organización que otorga ciertas lógicas que sirven a su vez para estabilizar la fragmentación existente.

⁸ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Fernán E. A propósito de las palabras de la guerra: los comienzos conflictivos de la construcción del Estado nación y las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX. En: *Estudios Políticos*. Julio-diciembre, 2004. no 25, p. 37-70.

⁹ *Ibid.*, p. 45.

“En este sentido, la lucha de las regiones y sus caudillos contra un enemigo común (el Estado central) y las disputas internas de caudillos por la hegemonía local o regional, junto con los enfrentamientos entre regiones y localidades, se combinan para la configuración tanto de la nación como de las mismas regiones”¹⁰.

Vale mencionar otros planteamientos certeros y por demás claros y bien argumentados como los de François Xavier Guerra, quien ve la lucha por el paso de una nación tradicional a una nación moderna basada en el modelo Francés, en palabras de este autor: “La victoria de la nación moderna: El combate por la nación moderna tiene varios frentes. El primero tenía un objetivo inmediato: la convocatoria, las modalidades y los poderes de las cortes, pero apuntaba a un objetivo más fundamental: la transformación radical del imaginario social”¹¹.

Ahora bien, se habla de una nación moderna por la organización de sus estamentos y cabe hacerse las siguientes preguntas: ¿Estos poderes actuaron al estilo de los franceses? ¿Se cambió el imaginario social de una forma radical? Lo anterior habrá que mirarlo y estudiarlo partiendo por supuesto de los importantes planteamientos de Guerra.

Este autor hace su trabajo a partir del concepto clásico de nación que surge a finales del siglo XVIII, sobre todo en Europa. Esta concepción la trae a la Hispanoamérica del siglo XIX, donde observa cómo, a partir de esa importación, se puede hacer una crítica a ese mismo concepto de nación y al mismo tiempo nutrirlo de los elementos propios de las sociedades hispánicas. Guerra plantea que la nación tiene dos ejes fundamentales: la nación política soberana, que es la referida a la concertación entre los individuos. Y la nación como una unidad arraigada en su identidad colectiva. En este sentido, termina diciendo que la nación latinoamericana es un proyecto inacabado.

¹⁰Ibid., p. 53.

¹¹GUERRA, François Xavier. Modernidad e independencia: ensayo sobre las revoluciones Hispánicas. México: Fondo de Cultura Económica, 1992. p. 327.

La necesidad de consolidar una nación que dé orden a la comunidad hispanoamericana en el siglo XIX se traduce en que “la fe en la constitución, característica del siglo XIX es, a la vez, fundamento y proyecto de la nueva sociedad”¹². Pero para la consecución de este constitucionalismo era necesario, como dice el mismo François-Xavier: educar. Educar en un sentido liberal, incentivado por las élites en el poder, no obstante, a finales del siglo XIX, este modelo liberal entra en una profunda crisis. Una sociedad de valores tradicionalistas aún vivía en el alma de los individuos.

Lo difícil de construir una idea clara de nación en Hispanoamérica después de la independencia radicaba en que la sociedad del nuevo mundo había sido un reflejo de España, es decir, con el grito de independencia se resquebrajó el piso sobre el que se sostenían las bases de identidad. Es por ello que: “La nación que intentan construir tiene entonces un contenido esencialmente político: el de ser una comunidad soberana, y construir un gobierno propio, independientemente tanto del precario gobierno central de la monarquía como de las ciudades rivales”¹³.

La idea de nación en Hispanoamérica se construyó fundamentalmente sobre el elemento político, el pacto lo realizaron los pueblos y no los individuos. Por el contrario, en Francia, el contrato lo constituyeron los individuos, pues estos contaban con una historia cultural fuerte. Finalmente resalta François Xavier Guerra: “Ésta es la paradoja de la nación en Hispanoamérica. En la Europa del siglo XIX se trata de cómo construir el estado-nación moderno a partir de la “nacionalidad”; en Hispanoamérica, de cómo construir estados-naciones separados a partir de una “nacionalidad” en gran parte común a todos”¹⁴.

¹² GUERRA, François Xavier y ANNINO, Antonio. (Coords). *Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003. p. 11.

¹³ *Ibid.*, p. 213.

¹⁴ *Ibid.*, p. 220.

De otro lado, se pueden encontrar perspectivas que consideran el proceso de formación de la nación como un hecho constitucional y jurídico como es el caso de David Bushnell, quien plasmó su tesis en el libro “El régimen de Santander en la Gran Colombia”. En este libro se remite a esas pugnas territoriales y administrativas, que a su vez fueron conformando la nación. Este autor se concentra y trabaja la formación de la nación desde una óptica jurídica, observando sus problemas de tipo organizativo.

Cuando se crean las juntas en Hispanoamérica, después de la conquista de Napoleón a España, se comienzan a formar juntas locales con el objetivo de construir una estabilidad administrativa. Como escribe Bushnell “Durante los seis años que van de 1810 a 1816, la principal preocupación de los granadinos no fue la de preparar una defensa común contra el enemigo español, sino la de redactar sus constituciones”¹⁵.

Los vaivenes de la administración giraron en torno a la organización burocrática de las diferentes organizaciones territoriales. Esto era complejo de llevar a cabo debido a la inestabilidad que producían las guerras de independencia en Hispanoamérica y las diferencias al interior de los distintos grupos de patriotas en cabeza de líderes como Bolívar o Santander.

Para entender entonces cómo surgieron las diferentes constituciones que intentaron normativizar las relaciones entre los individuos y organizar los territorios de Latinoamérica después de la independencia, se debe recurrir al completo libro que ofrece Bushnell: “El régimen de Santander en la Gran Colombia”. Allí, podemos observar una nación dirigida desde arriba, es decir, una nación construida por las élites criollas, que trataban de configurar una institucionalidad. Este análisis es importante en la medida en que como planteaba François Xavier Guerra, las naciones latinoamericanas no contaban con una identidad común, problema que fue de alguna forma suplido por todas estas reformas que resalta Bushnell, en aras de conformar una nación políticamente estable.

¹⁵ BUSHNELL, David. El régimen de Santander en la Gran Colombia. Bogotá: Tercer Mundo, 1966. p. 22.

El escritor Marco Antonio Palacio logra describir y analizar los diferentes elementos que ayudaron a moldear la idea de nación después de la independencia. Este autor estudia a fondo los temas administrativos y de poder que se tradujeron en un nuevo régimen en el nuevo mundo, resaltando los hechos y las batallas por el poder de los diferentes sectores en pugna para la época, sobre todo entre los criollos y los españoles, como se puede ver en el siguiente aparte: “Las reuniones de septiembre de 1809 acentuaron el recelo entre los gobernadores españoles y los notables criollos de Santa Fe [...]”¹⁶.

Palacio plantea la importancia de estudiar las regiones junto con sus relaciones políticas, económicas, sociales y culturales, con el fin de dar cuenta de la conformación de los Estados nacionales hispanoamericanos. De igual manera, el estudio de lo que significó en ese momento la nación en su conjunto, ayuda a entender estas relaciones entre las regiones. “Se trataba pues de distinguir y definir recurrencias específicas entre las regiones y la nación y entre ésta y el Estado y de explicar, con base en las investigaciones empíricas que se presentaran, cual ha sido la parábola seguida por diversas naciones latinoamericanas desde el colapso del Estado español en América hasta recientes experiencias surgidas de su incorporación al sistema capitalista internacional”¹⁷.

¹⁶PALACIOS ROSO, Marco Antonio y SAFFORD, Frank. Colombia: país fragmentado, sociedad dividida: su historia. Bogotá: Editorial Norma, 2002. p. 199.

¹⁷PALACIOS ROSO, Marco Antonio y SEMINARIO SOBRE LA CUESTIÓN REGIONAL COMO CUESTIÓN NACIONAL EN AMÉRICA LATINA. La unidad nacional en América Latina: del regionalismo a la nacionalidad. Medellín: Colegio de México, 1983. p. 13.

Respecto a la nación Marco Palacio plantea en el libro: “La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad”, la cuestión de la identidad Latinoamericana, esto es, ¿hubo en América, después del colapso del reino Español, una cultura que configurara la nación, o más bien la Nación es un constructo que se origina desde arriba con los Estados ya constituidos? El proyecto nacional se produjo entonces de acuerdo con la dinámica entre los criollos de las diferentes regiones y las administraciones centrales que luchaban por consolidar la independencia. “Proyecto nacional se denomina entonces a este continuo, a esta prolongada empresa por la cual la clase criolla construye el Estado y la nación”¹⁸. Es menester decir que si bien los intereses regionales fueron problemáticos para la consolidación del proyecto nacional, no se puede afirmar que estos la impidieran. Lo que sucedió en Hispanoamérica fue todo un proceso que conjugó las dinámicas regionales con un ideal de nación, incentivado principalmente desde lo político-administrativo, que surgió con la independencia.

De ahí que alrededor del análisis de estos importantes pensadores mencionados –María Teresa Uribe, Fernán González, François Xavier Guerra, Marco Palacio, David Buschnell – que trabajan la idea de nación, cabría discutir, con el fin de complementar y alimentar los constructos teóricos y conceptuales latinoamericanos alrededor de la idea de nación, a autores que como Andrés Bello y Juan García del Río aportaron en este debate y participaron activamente en la formación de la nación no tanto desde debates constitucionales o desde las guerras, sino más bien con la idea de forjar una cultura intelectual, con miras a consolidar aquello tan importante que se ganó en el campo de batalla y en los diferentes conflictos que desembocaron en una idea de nación.

Andrés Bello nació en Caracas en el año de 1781. Su formación integral desde muy joven le permitió consolidar conocimientos en campos como la literatura, la lengua, la poesía y además lo impulsó a graduarse como bachiller en artes de la Universidad Caraqueña. Hacia 1808 se consolida en la administración gracias a su responsabilidad y a sus habilidades en la traducción de los documentos que provenían de Europa.

¹⁸ Ibid., p. 16.

Estudiar a Andrés Bello desde la Ciencia Política es importante en la medida en que este fue uno de los intelectuales que pensó la formación política de las naciones nacientes en la Hispanoamérica en el siglo XIX. Para la politología del siglo XXI, volver las miradas a la historia de las ideas que ayudaron a configurar las naciones hispanoamericanas, va a permitir abrir el espectro en aras de una comprensión de la idea de nación y del Estado con el que contamos hoy en algunos países latinoamericanos.

En el siglo XIX, Bello comprendió las relaciones de poder que estaban pugnando por la organización política y por construir una idea de nación en Hispanoamérica. Así, las relaciones de poder que se dan en el diario acontecer nacional son el resultado de la interacción de diferentes grupos sociales, los cuales se pueden rastrear incluso desde la época de la colonia.

Otro de los elementos que justifican el estudio de Bello en la Ciencia Política, es el que tiene que ver con la forma con que este intelectual concebía la política y la idea de nación, es decir, para él, la política debía contener ese ingrediente humanista y erudito que le permitiera a los países hispanoamericanos forjar un desarrollo integral en los individuos. En este sentido, para Bello, la falta de educación en una sociedad, era una limitante en el ejercicio de la política.

Se hace referencia a que Bello le apuesta a una nación cultural en el sentido de la importancia que éste le da a las letras, como eje transversal para conocer los pueblos junto con sus acontecimientos y a partir de eso forjar naciones sólidas. En esta parte, hay que entender que Bello se refiere claramente a la cultura literaria de Europa, como se observa a través de toda “La Biblioteca Americana”:

No es menor el influjo que tiene el cultivo de las letras sobre la gloria y libertad de las naciones. Encontraremos esta verdad siempre que, a la luz de la historia, recorramos el espacio de los siglos, señalado por la huella de las revoluciones, que unas veces han desolado la tierra, otras la han colmado de bienes según la ruta que les ha trazado la barbarie o la cultura intelectual¹⁹.

Para entender las intenciones de Andrés Bello respecto a la formación de una nación intelectual y culturalmente consolidada, es necesario mencionar las preocupaciones que limitaban, para este pensador, la consolidación de la idea de nación en Hispanoamérica. En este orden de ideas, el analfabetismo y por ende la incomprensión intelectual de la significación de una idea de nación de la mayoría de las personas en la Hispanoamérica de la primera mitad del siglo XIX, fue uno de los dolores de cabeza que acompañaron a Bello y que, al mismo tiempo, lo llevaron a escribir sus textos sobre la reducción de la ortografía con miras al entendimiento político por medio del lenguaje de los habitantes del nuevo mundo, ya que la brecha entre unos pocos ilustrados y una gran cantidad de analfabetas era muy grande y, por supuesto, necesaria de cerrar, pues de no ser así era muy difícil llevar a cabo una verdadera emancipación.

Respecto a este problema, hubo otros factores como los económicos, sociológicos y políticos, que de hecho tuvieron que ver en la dificultad de cerrar esta brecha intelectual. Ahora bien, hoy podemos hacer un retroceso histórico y preguntarnos qué paso con esa brecha intelectual, y algunos dirían que de esa brecha queda muy poco, o, por el contrario, otros dirían que cada vez es más grande; no obstante, lo cierto es que en ese momento, a comienzos del siglo XIX, era indispensable para Bello el entendimiento político de las personas, el cual se llevaría a cabo por medio de una lengua que uniera la región, esa lengua era por supuesto la heredada de la “madre patria”.

¹⁹BELLO, Andrés; GARCÍA DEL RÍO, Juan y SOCIEDAD DE AMERICANOS. La biblioteca americana, o miscelánea de literatura. Inglaterra: G. Marchant, 1823 1823. p. 18.

Si bien en un principio, Bello fue defensor de las ideas monarquistas y adepto a la corona Española, los hechos de la independencia lo llevaron a replantear sus ideas y a encaminar sus esfuerzos literarios, políticos e intelectuales para comenzar a darle forma a una tradición literaria que en ese momento era casi nula, entre otras cosas debido al desconocimiento de las tradiciones intelectuales antiguas y al fuerte arraigo de la fe religiosa de la sociedad colonial. Y es que una tradición literaria no es un simple capricho de algunos intelectuales de la época como Bello, si no que en su momento significaba un elemento de unidad y de identidad de la nación, que se fue construyendo de acuerdo con la premura de los acontecimientos de la formación de los Estados, es decir, en un ambiente casi que caótico y muy inestable, donde los servidores públicos y administrativos – muy pocos formados intelectualmente – se convirtieron en constructores, en alguna medida, de una tradición literaria.

Como lo plantea el crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot: “El estudio sociológico del “intelectual” ha incluido más tarde a las profesiones liberales, y entre ellas al escritor. Pero la primera acepción de “intelectual” es la del escritor politizado”²⁰. En otras palabras, un intelectual que ejercía cargos administrativos y políticos, como fue el caso de Bello, el cual mientras era encomendado para tareas diplomáticas, se preocupaba por su quehacer literario, lingüístico, poético, periodístico, cultural, entre otros.

La idea de Bello de forjar una nación cultural queda plasmada en la revista “La Biblioteca Americana”, que escribe junto a Juan García del Río, donde se hace una exaltación de algunos importantes valores republicanos, teniendo en cuenta la construcción de las nuevas naciones, es decir, la virtud, la ciencia, la literatura, el arte, la historia y todos los elementos importantes para el desarrollo intelectual, moral y epistemológico van a ser puestos en consideración en este texto, con fines emancipatorios y en contra de la vieja sociedad colonial como se puede leer claramente en su prospecto.

²⁰GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. Maryland: University of Maryland at College Park, 1992.

A pesar de esto, es importante recordar que en buena parte de su obra, Bello no desecha elementos importantes de la tradición española como la lengua o la religión; hecho que va a ser significativo para poder entender los planteamientos de este pensador.

El ambiente que giró en torno a la independencia de 1808 a 1810 fue clave en la formación en un primer momento de la idea de nación en Bello. Y es así porque el caraqueño se desempeñaba por esos días en un cargo administrativo-burocrático al servicio de la corona, donde mostró su disciplina y preparación, que a su vez lo llevaron a representar las colonias en ese momento en una misión diplomática a Inglaterra junto a Bolívar y Luis López Méndez. Esta misión llevaba un mensaje no tan claro de apoyo a España frente a la invasión napoleónica, debido entre otras cosas a los intereses independentistas de Bolívar y las intenciones de Inglaterra que querían sacar el mayor provecho de ese momento coyuntural. Pero más allá de ello, este viaje significó para Bello la posibilidad de vivir en Londres durante un largo periodo de tiempo no imaginado por él, tiempo en el cual alimentó su hambre intelectual estudiando juiciosamente o confrontando sus ideas con grandes pensadores como Francisco Miranda o Jeremy Bentham.

Esa experiencia intelectual en Inglaterra, llevó al que sería llamado uno de los “arquitectos de América” a pensar en la organización política, jurídica, cultural de las nuevas naciones desde una perspectiva republicana como lo plasmó en la Biblioteca Americana junto con el cartagenero García del Río.

Pero además del amplio conocimiento y aporte intelectual, Bello tuvo una capacidad brillante para conocer la sociedad hispanoamericana, ayudado al mismo tiempo, primero, porque vivió en un ambiente de cambios y avatares como fue el proceso independentista y segundo, porque su amplio conocimiento y sus viajes le otorgaron una visión muy cosmopolita del mundo. Es por ello que Ivan Jaksic plantea lo siguiente respecto a este intelectual: “Mi punto de vista principal es que el significado de Bello se comprende mejor cuando se sitúan sus obras y acciones en un contexto histórico. Y el contexto, en este caso, fue la gran transición de las colonias a la condición de naciones, que Bello no solo vivió, sino a la que también dio una dirección y curso particular”²¹.

²¹ JAKSIC, Iván. Andrés Bello: la pasión por el orden. Santiago: Editorial Universitaria, 2001. p. 20.

Siguiendo con la introducción de este trabajo, es una necesidad hacer referencia al concepto y a la significación de nación, por medio de una mirada histórica a algunos de los principales teóricos que trabajaron este tema, sobre todo en el contexto de la revolución Francesa. Y es que este recuento histórico es fundamental en la medida en que los debates que existieron en Hispanoamérica tuvieron puntos de encuentro con los debates que se generaron sobre la nación alrededor de la revolución en Francia, entre posturas que iban desde el conservadurismo más dogmático hasta el liberalismo más radical.

De este modo, uno de los debates más álgidos de este estilo en el nuevo mundo fue el que tuvo Andrés Bello con un liberal radical de la época llamado José Victorino Lastarria. La contienda básicamente puso a discutir dos concepciones: la de Lastarria, que planteaba un cambio radical en el nuevo mundo, dejando a un lado todo el pasado colonial, como la lengua o la religión; y la de Bello, quien observaba que la tradición de una sociedad no se puede arrancar de un tajo simplemente y que hay elementos que se deben retomar como insumo básico y esencial para la formación de una nación refiriéndose en este caso al idioma Español.

Las ideas de nación que giraron en torno a la revolución Francesa y a la modernidad europea permearon a los intelectuales hispanoamericanos que se interesaron en el tema. Por tal razón, entender posturas como la de Sieyès o Burke para mencionar nada más dos estudiosos de la nación, es indispensable no solo para imaginar los problemas teóricos con los que se enfrentaron los intelectuales hispanoamericanos, sino para entender lo que son las naciones latinoamericanas hoy, y en general, las naciones occidentales.

El debate ideológico que se generó en la primera mitad del siglo XIX entre el liberalismo y el conservadurismo con todos sus matices, caprichos, diferencias y similitudes; va a ser fundamental de allí en adelante, pues además de marcar los debates en torno a la forma y la ideología que debían adoptar los nuevos Estados nacionales, contribuyó a dibujar la ruta partidista, por lo menos en Colombia. Comienza indudablemente un camino partidista espinoso, que posteriormente generará miles de muertes y luchas; conflictos tan fuertes e importantes de entender, pues estas instituciones aún hoy siguen “dando lidia” como se dice coloquialmente en nuestro país.

Finalmente, visualizar y analizar los elementos constitutivos de la nación para Andrés Bello, en el contexto de la independencia de la primera mitad del siglo XIX en Latinoamérica, va a darnos luces en un camino al que si bien ha sido tratado, también le ha faltado construcción. Ello con la esperanza de concientizarnos mucho más de lo que somos hoy como pueblos latinoamericanos y como estado - nación independiente. De igual manera este constructo histórico y conceptual, es necesario, pues los debates que se llevaron a cabo alrededor de la nación a inicios del siglo XIX, marcaron el camino posterior y nuestro presente, el cual requiere de comprensiones adecuadas que no solo queden en hojas, sino que incidan en una realidad conflictiva, única y compleja.

1. Génesis de la idea de nación

Las independencias hispanoamericanas contienen elementos que les son propios y típicos, pues se dan en unas condiciones específicas que tienen que ver con periodos de colonización, vasallaje, mestizaje, colonialismo, imposición, aculturación, en fin, una serie de eventos que dicen y llaman la atención, en el momento de analizar la recepción de las ideas Europeas. Si bien es verdad que las ideas del viejo mundo configuraron lógicas y trastocaron órdenes, también es verdad que la recepción de estas ideas por obvias razones no produjeron los mismos efectos que en Europa. “Que el proceso de la emancipación se desata en tierra americana a partir de situaciones locales y desencadena una dinámica propia que no se puede reducir a la que es peculiar de los procesos europeos contemporáneos²².”

A pesar de las condiciones propias de la sociedad hispánica, es menester reconocer que los intelectuales se alimentaron de las ideas Europeas en una realidad quizá mucho más compleja, esto es:

Con estas salvedades debe entenderse el contenido de la casi totalidad del pensamiento escrito de los hombres de la emancipación. Expresó un conjunto de modelos preconcebidos para una realidad que se supuso inalterable, pero que empezó a transformarse en el mismo instante en que ese pensamiento fue formulado. Eran modelos que tenían un pasado claro y conocido, pero que tuvieron un futuro incierto y confuso. Su génesis hay que buscarla fuera de Latinoamérica, pero el singular proceso de su funcionamiento y adecuación es lo que explica la historia de las cinco o seis décadas que siguieron a la independencia .

Con esto cabe destacar que estas incertidumbres que generan la recepción de las ideas Europeas y que al mismo tiempo no clarifican del todo el paisaje hispanoamericano, sí hacen que el tratamiento de todo este engranaje sea mucho más consistente y al mismo tiempo complejo.

Cuando se llevan a cabo procesos de formación de los Estados Nacionales, las ideologías juegan un papel muy importante, ya que marcan los lineamientos sobre los que se va a sustentar toda la organización institucional de determinado país. Bello y los intelectuales de la independencia, entre ellos Simón Bolívar, Teresa de Mier, Juan pablo Viscardo, José Martí, tuvieron en cuenta las ideologías que en ese momento histórico figuraban en el primer plano de la política occidental. La primera mitad del siglo XIX vio pugnar básicamente al liberalismo y al conservadurismo con sus distintos matices, así que a la luz de Jaksic, inscribir a Andrés Bello en una ideología es muy

²²ROMERO, José Luis. El pensamiento político de la emancipación. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1977. p. 9.

²³Ibid., p. 10.

difícil, sin embargo lo que plantea este mismo autor es: “Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y José Victorino Lastarria eran todos pensadores que vivían en un universo liberal pero que diferían precisamente respecto a la velocidad y profundidad del cambio”²⁴. En este orden de ideas, hay que decir que Bello, seguida la independencia de 1810, se mantuvo fiel tanto a ella, como a las costumbres tradicionales como la religión; ello explica cómo este pensador nunca aspiró a una revolución sino a un estadio social donde se permitiera el ascenso “gradual” de un orden legítimo, teniendo claro el hecho de la independencia de Hispanoamérica.

Como uno de los conceptos centrales a tratar es el de nación, se hace necesario remitirse a varios de los autores que trabajaron este tema alrededor de la Ilustración y de la Revolución Francesa, para de esa manera abrir el espectro a la hora de dirigirnos a las diferentes concepciones de nación que se cuajaron después de la Independencia hispanoamericana llevada a cabo en el año de 1810 en un contexto lleno de complejidades bastante peculiares.

²⁴JAKSIC. Op. cit., p. 23.

(*) Se plantea una transformación “gradual” de la sociedad teniendo en cuenta sus particularidades y no imponiendo de una forma total modos de organización social.

1.1 Idea de nación en Emmanuel Sieyes

Sieyes²⁵ fue uno de los autores más contundentes a la hora de lanzar sus ideas en torno a la Revolución Francesa, planteando cambios radicales en favor de un orden claramente burgués, oponiéndose radicalmente al orden jerárquico con el que operaba el Estado francés, dirigido principalmente por la nobleza y el clero, donde la clase media no tenía voz y las clases bajas casi que ni existían. De esa manera: “Francia debe a Sieyes tres cosas: La abolición de los órdenes, la organización de la guardia nacional y la división de Francia en departamentos”²⁶. Así el Tercer Estado, representante del pueblo –en sentido burgués– debería participar activamente en la asamblea nacional donde para Sieyes la nación se reflejaba básicamente en la reivindicación y la participación de ese Tercer Estado.

Otro de los aportes fundamentales de Sieyes, sobre todo a lo que se refiere a constructos jurídicos y políticos, tiene que ver con el hecho de haber formulado los principios básicos para la creación del poder constituyente, el cual va a ser clave para las democracias modernas a la hora de afrontar situaciones que lleven a la reformulación de órdenes jurídicos.

Ahora bien, este poder constituyente también trae consigo una de las ideas sobre las que se basará el Estado de Derecho, en el sentido de que la nación delega en la Asamblea nacional, compuesta por los tres Estados, la construcción de las leyes, las cuales a su vez, y como ocurre actualmente en la mayoría de las democracias, solo pueden ser modificadas por una nueva asamblea nacional, es decir, la normatividad deberá prevalecer independientemente del poder o privilegios de algunos.

²⁵SIEYES, Emmanuel Joseph, ¿Qué es el tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios: introducción y notas de Marta Lorente Sariñena y Lidya Vázquez Jiménez, Madrid: Alianza Editorial, 1989. p. 29-35.

²⁶Ibid., p. 29-35.

Todo esto nos muestra un constructo muy lógico unido tanto en su parte política como jurídica que al mismo tiempo va a ser la base de la democracia moderna, así: “Cinco son los conceptos fundamentales sobre los que se articulará su discurso: Constitución, nación, ciudadano, representación y poder constituyente”²⁷. En este momento entonces, ya se puede ir visualizando la idea de nación para Sieyes, la cual está inscrita dentro de un completo armazón teórico: “La nación existe antes de todo, es el origen de todo. Su voluntad es siempre legal, es la ley misma, ello no debe hacernos olvidar que lo que Sieyes legitima es, en primer lugar, las reivindicaciones del tercero en orden a su representación en los Estados Generales y, en segundo, la de su posible actuación futura, al recordarles cuál es el sujeto en el que reside la soberanía”²⁸.

Para sustentar toda la importancia que representa el Tercer Estado como eje fundamental de la nación, Sieyes escribe el “Ensayo sobre los privilegios”, donde comienza analizando la libertad en el Estado desde una óptica Lokiana, pues se parte reconociendo que el hombre se organiza o forma el contrato en la sociedad para crear ese Estado, que a su vez controla los conflictos entre los individuos a través de la ley. Esta idea tiene que ver con el hecho de que lo que no esté expresamente prohibido es válido en la sociedad, sobre todo en lo que se refiere a la propiedad privada. Ello es así, porque se parte de la idea de proteger las libertades que existían en la ficción del Estado de Naturaleza que van a utilizar los autores contractualistas.

Ahora bien, en este autor francés se vislumbra cómo aquellos privilegios que son otorgados o poseen algunos individuos excluyen al resto de la comunidad que no los tiene o no los ha conseguido, no obstante no todos los privilegios son iguales, pues existen aquellos que se obtienen por logros individuales y aquellos que se obtienen por herencia, cuestión que de alguna manera refleja lo siguiente: “Penetrad un instante en los nuevos sentimientos del privilegiado.

²⁷Ibid., p. 23.

²⁸Ibid., p. 27.

Se le considera, junto con sus pares, como un miembro de un orden aparte, dentro de una nación escogida dentro de la nación. Piensa que se debe primero a los de su casta, y si continúa ocupándose de los demás, ya no son sino los demás, ya no son los suyos”²⁹.

Los privilegios heredados, que para Sieyes son los peores, contribuyen a que la nobleza conserve el monopolio del poder siempre en beneficio propio, posibilita la mediocridad en el Estado e impide que los individuos realmente capaces lleguen a instancias definitivas en las labores que estén a favor de la nación. En este sentido se debe entender el reclamo de los derechos tácitamente burgueses en este autor francés, es decir, la denuncia de los poderes heredados que han permanecido al frente del Estado solo con grandes fines personalistas. Por otro lado, hay que resaltar que en la lógica Liberal - contractualista, el Estado en lugar de mantener privilegios debe ser garante de la libertad y de los derechos que le permitan a cada individuo actuar como le parezca. Esta mención al “Ensayo sobre los privilegios” es necesaria para entender lo que plantea Sieyes en su texto clave: “¿Qué es el Tercer Estado?”.

Es muy dicente que el texto “¿Qué es el Tercer Estado?” comience con una reflexión de los oficios que son a su vez la base de la sociedad, oficios de orden burgués que mueven la economía y que también forman lo que va a ser llamado el Tercer Estado. Los privilegiados o los que se mantienen en la administración del poder (nobles y aristócratas), impiden que aquellos individuos mucho más capaces del Tercer Estado puedan llegar a ocupar puestos importantes que hagan florecer la nación.

Y ello se debe a que cuando los privilegios se heredan o se obtienen sin ningún esfuerzo, no sirven de mucho para el desarrollo de determinada sociedad. Aquí se va perfilando una de las cuestiones importantes para entender las Revoluciones Burguesas, que al mismo tiempo nos va a permitir preguntarnos, si en Hispanoamérica después de las independencias realmente se puede hablar de sociedades burguesas o, si más bien, éstas no se han llevado a cabo o si estas son importantes en el desarrollo o atraso de las naciones, en fin, allí podemos encontrar elementos que ayuden a argumentar claramente diferentes posturas ideológicas.

²⁹ SIEYES. Op. cit., p. 58.

La siguiente cita permite entender concisamente a qué quiere llegar Sieyes con el Tercer Estado:

1. ¿Qué es el Tercer Estado? Todo.
2. ¿Qué ha sido hasta hoy el orden político? Nada.
3. ¿Qué pide? Llegar a ser algo³⁰.

Estas preguntas y respuestas son el reclamo de este político francés frente a una sociedad de vieja data donde los privilegios son los que mantienen un orden estático y deficiente. La nación, “Un cuerpo de asociados que viven bajo la ley común y representados por una misma legislatura”³¹, entonces dice Sieyes, “se confunde en una misma idea con el Tercer Estado”³² y es la columna vertebral de éste, el cual encierra intereses comunes a toda la sociedad y deja por fuera los intereses particulares. Vale mencionar que esta retórica va a ser cuestionada por las corrientes marxistas y por las realidades sociales y cotidianas, en el sentido de que ese Tercer Estado no recoge los intereses de todos, sino los intereses de la clase propietaria-burguesa.

Pero el Tercer Estado no se podía quedar en el aire, sino que había que aterrizarlo en la política francesa y es así que Sieyes se remite a la necesidad de que los diputados de este sector en la asamblea sean tratados de una forma equitativa respecto a los otros dos estados que son el clero y la nobleza. Se exige la libertad para que los individuos del Tercer Estado puedan elegir sus representantes, se pide que el número de sus diputados sea el mismo que el de los otros dos órdenes y que dentro de los estados generales, que vendrían siendo en su conjunto los tres estados, se voten las propuestas individualmente. Toda esta formalidad trata de articular las exigencias en hechos reales dentro del parlamento, dejando claro también que para Sieyes la representación debe ser uno de los ejes articuladores y organizativos de la nación.

El contractualismo va a constituir la base filosófica sobre la que se sitúa Sieyes para formular sus postulados políticos y jurídicos, partiendo de conceptos como el Estado de Naturaleza, el derecho natural, el individuo, la voluntad, el derecho positivo: “Las voluntades individuales son siempre el origen y constituyen los elementos esenciales; pero consideradas por separado, su poder será nulo. Éste solo reside en el conjunto. La comunidad necesita una voluntad común; sin la unidad de voluntad, no llegaría a conformar un todo capaz de querer y de actuar”³³.

³⁰SIEYES, Op. cit., p. 58.

³¹Ibid., p. 90.

³²Ibid., p. 91.

³³Ibid., p. 142.

La nación en Sieyes –autor ilustrado y racionalista– tiene como elemento central el Tercer Estado, participando activamente en las decisiones de la asamblea general junto con los órdenes del clero y la nobleza en unas condiciones equivalentes. Por otro lado, los días de la Revolución Francesa van a ser la inspiración de otros pensadores que van a proponer visiones divergentes e incluso atacarán mordazmente esta misma revolución, este es el caso de Edmund Burke, un conservador de principios rígidos y claros, quien literalmente va a hablar pestes del pueblo francés, pues su interés será defender los regímenes monárquicos y tradicionalistas.

1.2 Idea de nación en Edmund Burke

La idea de nación en Burke³⁴ se puede observar alrededor de sus reflexiones de lo que fue la Revolución Francesa. Reflexiones claramente conservadoras y tradicionalistas que ponen en cuestión la Revolución en Francia, en el sentido de que ésta rompió un legado histórico y cultural en la sociedad, el cual era la base sólida que sostenía la nación. Y ello es así porque Burke parte de posturas filosóficas conservadoras, que van en contra de esa confianza en la razón, tan importante para los ilustrados liberales de la modernidad.

Uno de los inconvenientes que ven los conservadores al estilo de Burke en la confianza en la razón, y no en la tradición para sostener una nación, va en el siguiente sentido: “Era cada vez más evidente que la nueva democracia iba a ser una fuente de inestabilidad. Para Burke, la Revolución Francesa resultaba condenable porque, como consecuencia de los desórdenes públicos acarreados por ella, se había destruido la libertad y no se habían mantenido las condiciones mínimas en las que un hombre libre podía existir con garantías de seguridad para su vida y propiedades³⁵.”

Estas posturas conservadoras de Burke ponen en pie de lucha dos concepciones acerca de la naturaleza humana: por un lado, los racionalistas planteando la razón como impulso vital en las decisiones de los individuos, y por otro lado, los conservadores mostrando la primacía de las costumbres no necesariamente racionales, esto es: “Que la naturaleza humana es sobremanera dogmática; y que aunque pueda ser momentáneamente deslumbrada por la habilidad y hondura del razonamiento, su desconcierto será pronto olvidado y reposará de nuevo en convicciones y prejuicios adquiridos por vías no necesariamente racionales”³⁶.

³⁴BURKE, Edmund. Reflexiones sobre la revolución en Francia. Madrid: Alianza Editorial, S. A., 2003. p. 13.

³⁵Ibid., p. 13.

³⁶Ibid., p. 17.

Las de Burke son entonces unas posturas elitistas y muy contrarias a las de Sieyes, quien ve en la Revolución una oportunidad alentadora para la ascensión del Tercer Estado o la clase burguesa. Además de ello, Edmund va a defender locuazmente la forma de la organización inglesa planteando el respeto por sus instituciones históricas como la del poder monárquico, aceptadas y construidas por toda la nación junta. Los órdenes tradicionales y los privilegios significan para este autor inglés la garantía de una nación ordenada, estable, próspera y moralmente correcta donde las déspotas ideas jacobinas francesas, amparadas en los derechos humanos y en la democracia, no tendrán cabida en una nación justa como Inglaterra.

Para sostener la idea de los privilegios en la sociedad, y sobre todo los que tienen que ver con la tradición hereditaria de la monarquía, Burke recurre al concepto de “pacto” de soberanía, el cual fue hecho en diferentes etapas de la historia de Europa y donde los individuos escogieron a sus reyes o monarcas. Allí está el asidero donde este pensador defiende la sucesión hereditaria de la corona Británica y por supuesto de la nobleza y los órdenes privilegiados, desechando de entrada el concepto de contrato utilizado por los pensadores liberales. Posteriormente al pacto inicial, la costumbre y la tradición se consolidan y conforman una nación ordenada, la cual debe ser cuidada de los “locos y usurpadores” franceses jacobinos como lo da a entender Burke al referirse a los revolucionarios. De esta forma: “El pueblo de Inglaterra no imitará modas que no son suyas, ni recaerá en aquellas que, después de haber sido probadas, han resultado perniciosas. El pueblo inglés considera la legítima sucesión hereditaria de la corona como una de sus cosas buenas, no como cosa mala; como un beneficio, y no como una ofensa; como una garantía de libertad, y no como una señal de servidumbre”³⁷.

³⁷Ibid., p. 58.

La revolución en Francia fue fruto de especulaciones de unos idealistas que, en lugar de fortalecer lo que se tenía, es decir, a los reyes y a la religión, – instituciones que con su sabiduría habían podido solucionar los problemas por los que atravesaba el país – hicieron de Francia un territorio donde la libertad estaba mal disciplinada y no era compatible con la ley, a decir de Burke, había una anarquía civil y militar. Esa terrible descomposición fue causada a su vez por la asamblea nacional Francesa, encarnada en el Tercer Estado, el cual, si bien estaba compuesto por algunos teóricos importantes, éstos no tenían la experiencia requerida para la administración de un Estado. Con abogados de provincia, leguleyos, pequeños oficinistas, entre otros, no se podía administrar cabalmente la Asamblea Nacional, ya que el poder delegado en este tipo de individuos, pronto los convertiría en déspotas y títeres, incapaces de dar un rumbo adecuado a la nación.

El orden social debe ser piramidal para Burke, es decir, debe estar conformado por clases sociales, unas que se encarguen de los trabajos serviles y otras que lleven a cabo los oficios honorables. Esos órdenes son naturales o más o menos inherentes a la vida en sociedad, por tanto, si llegasen esos órdenes a ser alterados como ocurrió en Francia, la nación se desmoronará, y sucederá eso por la simple razón de que los individuos que llegan a gobernar siempre han sido los subordinados, que no poseen formación y no poseen virtudes civiles, militares o religiosas. En otras palabras, cada clase social reproducirá su descendencia y el orden debe mantenerse estático según el pensamiento conservador, y eso es lógico para esa ideología por el hecho de que es necesario mantener los privilegios por medio de la herencia, en aras del orden pactado.

Como coherente conservador, reconoce que los viejos prejuicios son los que van a generar una identidad nacional y, al mismo tiempo, una estabilidad en el Estado, esto es, “tengo la valentía de confesar que somos, en general, hombres de sentimientos espontáneos; que en lugar de abandonar todos nuestros viejos prejuicios, seguimos guardándolos cuidadosamente en grado considerable”³⁸. Es fundamental tener en cuenta también cuáles autores ilustrados menosprecia Burke, para de esta manera entender mejor su pensamiento, en este sentido es necesario citar el siguiente aparte: “No nos hemos convertido en seguidores de Rousseau; no somos discípulos de Voltaire; Helvetius no ha hecho progreso entre nosotros. Los ateos no son nuestros predicadores; los locos no son nuestros legisladores”³⁹.

³⁸ *Ibid.*, p. 142.

³⁹ *Ibid.*, p. 141

La nación para Burke reside en los órdenes privilegiados, los cuales tienen la virtud, la formación, la experiencia en el Estado y toda una serie de elementos que les permite evadir la corrupción que en la mayoría de las veces otorga el poder a sus depositarios, y más aún si estos depositarios nunca han gozado de comodidades y privilegios. Se recurre a las clases privilegiadas, ya que estas tienen un derecho milenario entregado por sus antepasados. Este derecho formalizado con el concepto de “pacto” como lo llama Burke, es mucho más importante y debe primar sobre cualquier tipo de reforma que se realice en el Estado.

Por otro lado, la religión en la nación conservadora es una institución fundamental, pues ella, junto con el Estado, es la que va a imponer los controles a las pasiones de los individuos, “egoístas por naturaleza” como diría Hobbes.

Se puede observar la diferencia entre dos pensadores muy importantes que trataron el tema de la nación: por un lado Sieyès apoyando la consolidación del Tercer Estado de procedencia burguesa, como símbolo de la nación, desechando los privilegios y, sobre todo, los privilegios heredados. Por otro lado, Burke defendiendo los privilegios y la tradición, oponiéndose férreamente a la Revolución. Es importante ir entendiendo estos debates, ya que en Hispanoamérica se generaron disputas en torno a estas concepciones de nación – con los elementos propios de esta sociedad – que posteriormente incidieron en la configuración de los Estados nacionales formados en la primera mitad del siglo XIX en el nuevo mundo.

1.3 Idea de nación en Thomas Paine

Otro de los pensadores importantes que se refiere a la nación es el Inglés Thomas Paine⁴⁰, para quien lo popular, el conjunto de la sociedad, la constitución y los derechos del pueblo son la base de la nación. Aquí ya no se observa una nación basada en el Tercer Estado o en la clase Burguesa, al estilo de Sieyès; o una nación fundamentada en la tradición y en los privilegios, al modo de Edmund Burke; en Paine se ve fundamentalmente una nación de carácter popular.

⁴⁰ PAINE, Thomas. Prólogo En: Los derechos del hombre. Buenos Aires: Ediciones Orbis, S.A., 1954. p.12-18.

Este personaje (Paine), nació en una familia inglesa muy pobre, por lo que su vida estuvo llena de dificultades de orden económico. No obstante, después de deambular por su país, el destino lo llevó en el año de 1774 a América, donde quedó fascinado al ver la revolución de independencia que se estaba llevando a cabo en ese territorio por esos días. Allí, se desempeñó como escritor de diferentes revistas y se puso al servicio de la causa revolucionaria, adquiriendo experiencia y reconocimiento; posteriormente viajó a Francia, para comenzar diversas actividades que lo llevaron a realizar constantes viajes entre París y Londres, alcanzando gran visibilidad entre los intelectuales progresistas de la época. A partir de entonces, sus reflexiones van a girar en torno de la revolución Francesa, de la cual fue partidario, a pesar de que ésta le generó algunas decepciones, sobre todo por las actuaciones de los Jacobinos en el poder, pues en ese momento “La comprensión de Paine de los acontecimientos históricos era en ese punto demasiado racionalista y rozaba el idealismo”⁴¹, además de ello este pensador aspiraba a que los hechos en Francia siguieran el mismo rumbo de la revolución americana, pero:

Las diferencias entre las condiciones en que se encontraban las colonias americanas y aquellas en que se encontraba Francia eran muy extremadas. En América existía una poderosa clase de terratenientes y enriquecidos comerciantes y una numerosa clase de campesinos medios, que fue, con los comerciantes, el nervio de la revolución. La situación no era la misma en Francia; aquí existía una aristocracia que ocupaba todos los cargos de la política y del ejército, una iglesia perfectamente organizada, una poderosa clase comercial e industrial enriquecida e intelectualmente bien preparada, una numerosísima clase de campesinos pobres semidesposeídos, y la naciente clase obrera que empezaba a ser numerosa en las grandes ciudades donde comenzaba a desarrollarse su industria⁴².

Thomas Paine escribe su libro llamado “Los derechos del hombre” como respuesta a los ataques de Burke a la Revolución Francesa. De esa forma, el primero de ellos comienza criticando el concepto de “Pacto” al que recurrió el segundo para legitimar la monarquía y la sucesión hereditaria, Planteando que toda sociedad, cada generación y toda nación, tienen el derecho a replantearse sus formas organizativas de acuerdo con lo que consideren lo mejor, ya que la sociedad cambia y con ella los valores, las ideas, las prácticas políticas, las prácticas económicas, las concepciones sobre la religión, entre otras. Esto es: “Nunca existió ni existirá, jamás podrá existir ningún parlamento, ningún linaje de hombres, en nación alguna, que sea poseedor del derecho ni del poder de encadenar y fiscalizar la posteridad hasta el fin de los tiempos, ni de disponer para siempre cómo ha de ser gobernado el mundo, o quién ha de gobernarlo”⁴³.

⁴¹Ibid., p.14.

⁴²Ibid., p. 12.

⁴³Ibid., p.30.

Cuando se lee el escrito de Edmund Burke, indudablemente se percibe la indignación que este autor sentía frente a los ataques de los revolucionarios franceses en contra de las personas que ocupaban el trono, quienes desde su sentir eran benevolentes con el pueblo francés y no habían cometido falta alguna en contra de los súbditos. Paine, le va a decir a Burke que los ataques de la nación, encarnada en el pueblo, no están dirigidos a estas personas, sino en contra del sistema monárquico como tal, institución que, si bien no siempre engendraba déspotas, sí estaba diseñada para que estos pudieran actuar con una facilidad enorme, como lo demostraron algunos reyes viles y autoritarios que estuvieron en el poder generaciones anteriores a las de Luis XVI.

Además de esto, el despotismo y la tiranía no residían en lo que hiciera o no hiciera el rey, sino que el estado de cosas en este país permitía que en cada rincón se generara un entorno favorable para la restricción de los derechos del hombre. En algunos territorios la iglesia ejercía el despotismo, en otros los terratenientes; pero todo esto obedecía a la lógica del despotismo de carácter hereditario, en general de todos los sistemas de gobiernos monarquistas.

La referencia a una nación popular en el pensador Thomas Paine se puede entender por la forma en que este hombre presenció algunos de los eventos insignes que se produjeron en la Revolución Francesa. Las escenas son narradas al mejor estilo de un reportero de guerra, el cual ve al pueblo, a cada individuo sacudirse de forma casi que espontánea, tomando cualquier objeto contundente como arma, enfrentándose a ejércitos bien equipados y tomando decididamente el camino hacia la Bastilla, lugar que es visto a su vez como símbolo de dominación, símbolo de un régimen político obsoleto y represivo.

Ahora bien, durante todo este acontecimiento, lo que se ve es una serie de cabezas cortadas y expuestas al público, hecho que es criticado ampliamente por Burke, pero que al mismo tiempo es visto por Paine como la muestra de los horrores cometidos por la mayoría de las monarquías Europeas, es decir, todos estos tipos de matanzas y torturas fueron aprendidas por el grueso del pueblo y en ese momento de efervescencia las usaron en contra de sus antiguos verdugos.

“Los derechos del hombre”, libro de Thomas Paine, además de plantear una nación popular, explican la forma en que los derechos del hombre

se fueron desarrollando para dar origen a una constitución y para ello toma elementos de algunos autores contractualistas, como por ejemplo la idea de derechos naturales. Los derechos naturales entonces, son la base de la sociedad y, al mismo tiempo, son inspiradores de los derechos civiles, a los que acceden los individuos organizados en una sociedad. Se parte de la idea de que para proteger esos derechos, los ciudadanos crearan una constitución que rijan a los gobiernos creados sobre la base de la racionalidad, estos en contraposición a los gobiernos de los conquistadores y a los de tipo supersticiosos, los cuales se impusieron y no fueron el resultado de la reunión y deliberación de la sociedad. Ya aquí se entiende que las constituciones anteceden a los gobiernos, pues son ellas las que marcan la pauta y de alguna forma garantizan las exigencias del pueblo.

La constitución para Paine debe ser parte de la reunión de los intereses de la nación, y se construye con unos objetivos sumamente importantes que ayuden a preservar las libertades y los derechos de los individuos. La constitución es la que se va a encargar de decir cómo se elige el gobierno, las funciones de éste, en fin, la constitución es la que va a crear un orden institucional para cuidar los derechos civiles de posibles acciones déspotas de los gobernantes. Esa precisamente era la tarea de la Asamblea Nacional Francesa, crear una constitución donde lo que primara fuera la nación; por el contrario, Inglaterra carecía de esa constitución y las decisiones de este país tenían un carácter más bien mítico y residían en los poderes del monarca esencialmente.

Respecto a los privilegios, Paine al igual que Sieyès, considera que estos son totalmente injustos en una sociedad que aspira a la libertad y a la igualdad. Hay que decir que el pensador inglés aporta elementos que dejan ver que la herencia del poder y la organización jerárquica de las familias nobles son por naturaleza, predatorias e injustas. Y ello, porque desde que nacen los hijos en estas familias, el primero es el que tiene la importancia al ser el heredero, por ende este se siente superior y recrea la dominación frente a sus hermanos, los cuales siendo igual al primogénito, son tratados como individuos de segunda categoría. Desde la familia “continúa el bárbaro principio de los gobiernos fundados en la conquista y la idea básica de que el hombre es amo del hombre y que le gobierna por derecho personal”⁴⁴.

⁴⁴Ibid., p.64.

Varios reinados antes al período de la revolución en Francia sumieron a este pueblo en una especie de sentimientos encontrados, por un lado, una admiración hacia la monarquía, pero por otro, fue creciendo un sentimiento de indignación por las actuaciones en ocasiones estúpidas y en otras atroces de los monarcas. Por aquellos tiempos algunos de los pensadores más importantes lanzaban sus análisis con algún tipo de reserva teniendo en cuenta las condiciones políticas. Algunos de estos pensadores ilustrados llegaron a ser ejes importantes en las posteriores formaciones de los gobiernos liberales. Así:

...todos estos escritores, como otros muchos, tienen su peso, y por las diversas maneras de abordar el tema del gobierno. Montesquieu, con su claro juicio y su conocimiento de las leyes, Voltaire con su ingenio, Rousseau y Raynal con su entusiasmo, y Quesnay y Turgot con sus máximas morales y sus sistemas económicos, respondieron siempre al interés de sus lectores de todas clases. Un espíritu de investigación política empezaba a difundirse por la nación en una época en que estalló la reyerta entre Inglaterra y las que por entonces eran sus colonias en América⁴⁵.

Con estas referencias a autores clásicos se puede rastrear algunos elementos importantes que toma Paine, por ejemplo de autores contractualistas como Rousseau y en general de pensadores ilustrados que se van a concentrar en la idea de libertad de los individuos y, por ende, en la forma de que los gobiernos contribuyan a esta libertad. De igual manera, se observa que en Thomas Paine, la nación en un sentido popular, es la máxima autoridad de un Estado, ella puede delegar funciones en sus representantes, en ese caso en la Asamblea nacional de Francia, sin perder de vista que el poder primordial no está en el estamento como tal, sino en la nación popular.

1.4 Idea de nación en J. Gottlieb Fichte

En su texto “Discursos a la nación alemana”, Fichte comienza haciendo algunas reflexiones que tienen que ver con los problemas graves que en ese momento enfrentaba el Estado Alemán debido a la invasión napoleónica. Al estar Alemania en un momento difícil, Fichte muestra en sus discursos las causas de esta crisis y al mismo tiempo, va a proponer métodos basados en el elemento nacionalista, que ayuden al Estado Alemán a salir de su crisis.

⁴⁵Ibid., p. 72.

Para Fichte el egoísmo que se apoderó de los gobernantes y de los gobernados en Alemania hizo que las columnas que sostenían la nación temblaran y con ello se generara un desbarajuste en el orden social. Y este desbarajuste se da porque el miedo y la incertidumbre penetran por entre los lazos rotos de la nación alemana, esto es: “Donde, sin embargo, concurren todos los factores mencionados, allí se hunde la comunidad al primer ataque serio que sobrevenga; y de la misma manera de ella, por falta de fidelidad, se desprendió del cuerpo del que era miembro, así también sus miembros se desprenden ahora de ella, con la misma infidelidad, para ir donde les parezca, no reteniéndoles ningún tipo de miedo y empujándoles, en cambio, el temor mayor al dominador extranjero”⁴⁶.

A pesar del debilitamiento que se produjo en la nación alemana debido al egoísmo, ella misma era la llamada a crear nuevos y eficaces mecanismos sobre los cuales reconstruir sólidamente a la nación. Es así que la educación para Fichte era el elemento fundamental sobre el cual se van a reconstruir los valores culturales perdidos. La educación vieja como la llama Fichte, si bien estaba llena de contenido moral, ético y jurídico, no logró influir verdaderamente en el alma de la nación y por el contrario sucumbía ante los impulsos egoístas.

Ya en este instante se puede observar la preocupación por una educación dirigida a toda la nación alemana, pero no una vieja educación, sino una educación renovada que llegue y transforme todas las almas de los alemanes, en este sentido: “Por tanto, no nos queda otra solución que hacer llegar, sin más, a todos los alemanes la nueva formación, de tal manera que no se convierta en formación de un estamento determinado, sino en formación de la nación sin más y sin exceptuar a ninguno de sus miembros...”⁴⁷.

Es de su interés propender por una educación dirigida propiamente a los alemanes, la cual, a diferencia de la vieja forma de educar, incida decididamente en la voluntad de los individuos, en concordancia con las normas.

⁴⁶FICHTE, Johann Gottlieb. Discursos a la nación alemana. España: ORBIS S. A., 1977, 1984. p. 55.

⁴⁷Ibid., p. 60.

Este pensador plantea que una educación adecuada, prácticamente quitaría el libre albedrío de la voluntad de los individuos, ya que estos, debido a una sólida formación, siempre propenderían por lo bueno. En palabras de Fichte: “Lo que tiene que conseguir la nueva educación es esta voluntad firme y siempre decidida de acuerdo con una norma segura y eficaz en todo momento; tiene que crear necesariamente la obligatoriedad que se propone”⁴⁸. Siguiendo con las observaciones de este alemán.

La educación debe ser una actividad que además de propender por el conocimiento, debe otorgar a los individuos la capacidad de estimular la actividad espiritual, es decir, la educación más allá de atiborrar al estudiante de conocimientos le debe dar los elementos para que él entienda ampliamente la complejidad del mundo en el que vive y donde se desenvuelve como individuo.

Seguidamente hay que hacer referencia a la lengua como uno de los elementos más relevantes en la formación de una nación bien estructurada. Fichte muestra cómo una determinada lengua juega un papel imprescindible en la formación de nacionalidad de un pueblo, y ello porque como bien se plantea en el texto “Los discursos a la nación Alemana”: “más forma la lengua a los hombres que los hombres a la lengua”⁴⁹.

Ahora bien, puede que surja la pregunta: ¿qué tiene que ver la lengua en la formación de las naciones?, y esta pregunta la responde Fichte y también va a ser uno de los puntos clave para entender el pensamiento de Andrés Bello, este último, obviamente, para el caso Hispanoamericano. Los dos están de acuerdo en que la transmisión de conocimiento debe pasar por todas las esferas de una sociedad si se quiere que este avance intelectualmente, usando como vía más fructífera la lengua, pero en todo caso una lengua que sea manejada por todos, de manera que no sea una cuestión excluyente o solamente dominada por élites versadas. Políticamente hablando, y si se quiere una nación Sólida, los ciudadanos deben conocer la lengua en una buena medida, con el objetivo de entender lo público como campo en el cual se pueden estar enterando de las medidas que se planteen en un Estado en cabeza de un gobierno.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 67.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 97.

La educación y la lengua como eje principal en la construcción de una nación, básicamente en el planteamiento de Fichte, permite introducir precisamente la concepción de nación en el autor protagonista de este trabajo - Andrés Bello - quien realiza uno de sus proyectos más relevantes pensando, entre otras cosas, el problema de la falta de educación en el pueblo hispanoamericano, cuestión que tiene relación con otro inconveniente en ese momento, y es que ese analfabetismo no permitía al grueso de la población manejar adecuadamente la lengua, lo cual realmente obstaculizaba los esfuerzos realizados en aras de una construcción fuerte en lo que respecta a lo cultural e identitario, puntos centrales para la consolidación de la nación. Pero el problema con la lengua lleva a Bello a plantear la reducción de la ortografía, para con ello cerrar o al menos minimizar la brecha entre una minoría culta y una mayoría analfabeta.

La lengua va a ser para Bello un presupuesto sumamente importante para la construcción de la idea de nación en los países americanos independizados, ya que todas las actividades sociales suponen para este autor la necesidad de hablar un mismo idioma. Este tema de la lengua va a ser recurrente en los estudios filológicos que realizó Bello cuando vivió sus duros años en Londres, y no es casualidad si se entiende que este intelectual sabía que con la caída del imperio Romano casi que desaparece el latín, cuestión que dejaba claro el papel relevante que cumple la lengua en la construcción y consolidación de los estados nacionales, en otras palabras: “En la década de 1820, en Londres, Bello ya había encontrado su función en el proceso de construcción de las naciones: el proyecto de estructurar la nacionalidad independiente sobre la base del cultivo y adaptación del castellano a las nuevas realidades políticas, y en cercano contacto, además, con la promoción del imperio de la ley”⁵⁰.

La concepción de nación en Bello va a estar reflejada en “La Biblioteca Americana”, la cual escribe con el Cartagenero Juan García del Río, quien no es tratado ampliamente en este trabajo, ya que, este está concentrado en el pensamiento de Andrés Bello. En “La Biblioteca Americana” se logra percibir la preocupación de este ilustrado por el conocimiento y la ciencia, donde entra la lengua, la poesía, la literatura, la tradición clásica occidental en las letras; en fin, allí se denota también que toda construcción nacional debe ir acompañada de la consolidación intelectual, donde la arquitectura cultural recoja elementos tradicionales pero donde al mismo tiempo se pruebe y se prospere en la consecución de ideales autóctonos y propios de un determinado pueblo.

⁵⁰JAKSIC. Op. cit., p. 84.

2. La biblioteca americana y la nación en Andrés Bello

2.1 Vida de Andrés Bello

“Arquitecto de América”, así fue llamado Andrés Bello gracias a su monumental obra intelectual, la cual constituye un legado en variados y complejos campos del humanismo como lo es la poesía, el derecho, la lengua, la literatura, la filosofía, entre otros campos del conocimiento. Esta obra muestra el trabajo disciplinado que indudablemente alimentó el alma de este pensador; trabajo y creaciones artísticas que le dieron fuerzas de sobra a la hora de pensarse la sociedad hispanoamericana de su época y de otorgarle a su vez importantes referentes culturales, sociales, políticos, jurídicos, lingüísticos, en un momento crucial de la emancipación de los pueblos hispánicos con respecto a España. Cada aspecto de ellos contribuye a formar una clara imagen de nación para la constitución de los Estados nacionales emergentes y sus lecciones trazan los lineamientos o perfiles en que ellas buscaron su fisonomía republicana más característica.

Desde muy temprana edad Andrés Bello mostró sus brillantes dotes intelectuales, dotes que fueron alimentados por una sociedad caraqueña más bien culta y deseosa de conocimiento. Este hecho se debió entre otras cosas a la relación ventajosa que en ese momento tenía esta ciudad con la corona Española, lo cual le permitió a los primeros crecer económicamente y consolidar una unión que permitía la entrada de ideas que circulaban en el viejo mundo.

Hay que resaltar entonces que los primeros años del pequeño Andrés transcurrieron en un entorno de calma, cuestión que construyó en él una idea favorable de la monarquía española que perduró por varios años en su conciencia. Por otra parte, la educación de Bello, impartida por literatos muy adelantados, junto con su genialidad, le permitió que a los 15 años ya dominara el latín y contara con un amplio conocimiento de la gramática y la literatura. Con respecto a autores era un gran conocedor en el latín de Virgilio y Horacio y en el castellano de Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Sin olvidar que era un erudito en las ideas de filósofos universales como Lock o Voltaire o de pensadores antiguos como Aristóteles, solo por mencionar a algunos. No es necesario mencionar más para denotar la capacidad y la disciplina de este estudioso incansable. Pero no solo en las áreas de humanidades era un investigador insaciable, sino que también se interesó

por las ciencias naturales, sobre todo incentivado por la amistad que en muy poco tiempo tejió con el viajero y gran naturalista berlinés Alexander von Humboldt entre 1799 y 1800. Desde ese momento, Bello apreció el paisaje de su Venezuela de tal forma que le sirvió de musa en varias de sus poesías.

Otro aspecto muy importante en la vida juvenil de Bello, fue el papel que desempeñó como administrador burocrático del gobierno colonial en tres capitanías generales: la de “Manuel Guevara Vasconcelos (1802-1807), Juan de Casas (1807-1809) y Vicente Emparán (1809-1810)”⁵¹. Allí ejerció su trabajo con gran esfuerzo, disciplina, discreción y sobre todo objetividad a la hora de tomar decisiones, demostrando como se debe actuar en este tipo de cargos. Vale mencionar también, que mientras el caraqueño estaba en este cargo, llevó a cabo eficazmente “la junta central de la vacuna”, que fue toda una campaña para vacunar a los habitantes de Venezuela en contra de la viruela⁵².

Merece la pena hacer referencia a la llegada de la imprenta a la ciudad de Caracas en el año de 1808, y cuando esta quedó a cargo de Andrés Bello, gracias a sus reconocidas dotes de escritor. A partir del arribo de ese mágico invento que convertía las palabras en tinta sobre papel, comenzó a circular un texto informativo llamado: “La Gazeta de Caracas”.

Fue por este medio que los hechos de la invasión Napoleónica se supieron y al mismo tiempo originaron en la población caraqueña un generalizado sentimiento anti napoleónico y de respaldo a la corona, manifestando su lealtad a Fernando VII. De esta manera, la imprenta, fue en gran parte la causante de crear un ambiente mucho más activo y dinámico en la sociedad Caraqueña. Por otro lado, Bello comprendió la importancia de los medios de comunicación de este tipo y los aprendió a manejar muy bien, cuestión que contribuyó posteriormente en la empresa de “La Biblioteca Americana, El Araucano y El Repertorio Americano”.

Ya en 1810, la corona española, debilitada a manos de Napoleón, decide otorgarles a los criollos venezolanos la libertad con el objetivo de fortalecer la lealtad de estos últimos. Sin embargo, la orden de libertad hizo entender a los criollos-venezolanos que el gran imperio católico no estaba en condiciones de gobernarlos. Así, se creó “La junta suprema de los derechos de Fernando VII”, que posteriormente deposita gran confianza en Bello y la cual a pesar

⁵¹Ibid., p. 38.

⁵²Ibid., p. 39.

de su nombre, fue el inicio de los que se podría denominar un gobierno con una alta dosis de autonomía respecto a España. En este sentido:

De este modo, los criollos dieron sus primeros pasos de autogobierno. La Junta actuó con rapidez y firmeza: abrió los puertos al comercio libre con naciones aliadas y neutrales, eliminó los aranceles de exportación, redujo la alcabala, suprimió el tributo indígena y el tráfico de esclavos. Los veintitrés miembros de la junta, dominada por la élite criolla, no tuvieron mayor problema en lograr un acuerdo respecto a las reformas económicas. Pero la organización política era otra cosa. Algunos miembros favorecían la autonomía dentro del imperio, mientras que otros propugnaban un quiebre completo con España. La tensión entre ambas posturas se resolvió finalmente a favor de la independencia completa en Julio de 1811, pero inicialmente el movimiento se declaró leal a la corona⁵³.

2.2 Juan García del Río

Recordar a este gran cartagenero compañero y amigo de Andrés Bello en la construcción de la “Biblioteca Americana” es muy importante pues él encarna una de las figuras clásicas de los intelectuales de la independencia; un estudioso multidisciplinar, que incursionó en el periodismo, en el pensamiento político, en la opinión pública y en la acción política, ejerciendo este último oficio como diplomático en Inglaterra donde se conoció con Bello.

Siendo hijo de dos españoles y, después de muchas disyuntivas intelectuales, se encarriló a favor de la causa emancipadora. Uno de sus libros más brillantes es “Meditaciones colombianas” donde muestra las peculiaridades de las independencias Hispánicas y sobre todo esa relación particular en este período histórico entre los intelectuales y el escenario político. Malinterpretado por su excesivo celo bolivariano, al pretender salvar la crisis política postulando un Bolívar monarca, García del Río no obraba por oportunismo. La búsqueda de un eje sólido a la democracia colombiana, pasaba por una medida extrema expresada sin ambages. Pero era una entre otra de soluciones que, sobre la emergencia, tuvo la virtud de formularse vigorosamente. Esto lo llevó a su escarnecimiento por los enemigos políticos, los santandereanos que echaron sobre su figura un número crecido de malas virtudes republicanas. Asimismo, otro de los temas que se trata en el libro tiene que ver con la interacción, a veces problemática, entre las ideas y la revolución de independencia; y es problemática porque muchos teóricos clásicos se han preguntado por ejemplo, qué se da primero, las ideas o por el contrario, los movimientos revolucionarios son los que gestan las ideas; cómo

⁵³ Ibid., p. 47.

es la dinámica en que juegan estos dos conceptos frente a los acontecimientos; en qué contextos cotidianos se gesta la revolución. Respecto a esta relación ideas y revolución, José Luis Romero va a decir que las ideas revolucionarias se ajustaron a las condiciones y a la coyuntura política de Hispanoamérica en ese momento, en un difícil proceso de mestizaje y aculturación⁵⁴.

García del Río hace un análisis de coyuntura, mostrando los vaivenes por los que tuvieron que pasar los que llevaron a cabo la emancipación desde el pensamiento o desde la acción como es el caso de Bolívar, San Martín, Bello o José Martí. Se trata de todo un análisis histórico, político y sociológico, encaminado a mostrar la manera de generar identidades nacionales que incidieran dentro de la construcción de los nuevos Estados independientes.

Su forma de escribir, más analítica que panfletaria, reflexiona en torno a la necesidad y la justificación de la independencia, donde se encuentra con la cruda realidad de una revolución fraguada dentro de unas mentalidades de un pueblo colonial y prehispánico. Otro de sus análisis y que hoy resulta muy vigente, tiene que ver con la idea de que así los sistemas de gobiernos más progresistas estén en el poder, no necesariamente podrán llevar a cabo sus intenciones, pues en una sociedad con élites analfabetas, donde priman los intereses personales, es muy difícil realizar verdaderos proyectos de orden nacional que impriman nuevas dinámicas en la sociedad.

Al igual que Bello, García de Río sentía una atracción hacia el sistema de gobierno monárquico, debido especialmente al miedo frente al terror jacobino y a la inseguridad de la democracia igualitaria, ya que esta podría llegar a permitir que los dirigentes arribaran al poder sin educación y sin la experiencia requerida para llevar a buen término una nación.

Finalmente el insigne cartagenero, poco trabajado en el ámbito intelectual, mas no por ello, superficial en sus planteamientos, enseña la necesidad de revisar agudamente las tramas históricas de una sociedad Latinoamericana compleja, difícil de entender y paradójica, por medio del ímpetu de la inteligencia, la acción y el esfuerzo analítico de personajes tan brillantes como lo fue el mismo Bello, Bolívar, Faustino Sarmiento o Martí, solo por nombrar algunos.

⁵⁴ROMERO. Op. cit., p. 9-11.

2.3 Bello: del Monarquismo al Republicanismo

La vida con sus realidades va cambiando las percepciones de los individuos. En el caso de Andrés Bello, hay que resaltar que antes de que se diera la independencia este pensador era partidario del poder ejercido desde España con respecto del nuevo mundo. Sin embargo su bagaje intelectual, y sobre todo el momento histórico, lo llevó a desprenderse, si bien no totalmente de este presupuesto, por lo menos sí en una gran medida, esto es, los hechos independentistas llevaron a muchos intelectuales a preguntarse por el futuro de las nuevas naciones en tanto organización política e institucional. De ahí que Bello se plantee la necesidad de buscar referentes que ayuden a consolidar el orden – cuestión muy importante en este autor– con el objetivo de atajar la anarquía social que, en general, se da en los procesos de formación de Estados-nacionales.

Uno de los hechos más dicientes de las ideas monarquistas del poeta venezolano se registró cuando el imperio Español impulsó la vacuna antivariólica, la cual fue lanzada por un poema del caraqueño llamado “Oda a la vacuna”, donde exalta de una manera casi que divina al rey Carlos IV, refiriéndose a este como “persona augusta”, término milenario que había sido utilizado por Virgilio en “la Eneida” para hacer reverencia a un linaje casi que divino y para mostrar un impecable respeto frente a determinado individuo.

Respecto a este tema dice Antonio Cussen: “Su especial versión del augustalismo era un producto típico de un joven criollo que había llegado a la mayoría de edad a fines del siglo XVIII. Es el resultado de las convicciones políticas y estéticas de ese tiempo y también de la rigurosa formación clásica y católica de los súbditos de la corona española”⁵⁵.

Alrededor de la invasión Napoleónica a España y la formación de la junta en Caracas, giraron planteamientos y dilemas en torno al devenir político y social de América frente a España que seguramente hicieron trasnochar a Bello. El viaje de Andrés a Londres y las juntas en un principio propendieron por el apoyo decidido a Fernando VII, pero los caprichos del tiempo originaron cambios y aquí es donde el horizonte político de Bello va dejando un poco de lado la preocupación por el bienestar de España y el poder político de esta frente a Hispanoamérica.

⁵⁵ CUSSEN, Antonio. Bello y Bolívar. México: Fondo de Cultura Económica, 1998. p. 25.

De esta manera: “Para 1822, Bello no había abandonado la idea de un futuro político que incluyera el modelo de monarquía constitucional, pero sí había dejado atrás las ilusiones respecto a la restauración del imperio español”⁵⁶. En este período entonces, la opción monárquica para la conservación del orden en América y además para repeler el republicanismo con olor a francés, fue por la que se inclinaron importantes sectores en Inglaterra como el *Edinburgh Review*, incluido allí Blanco White, –gran amigo de Andrés Bello y muy influyente en importantes sectores ingleses– los cuales incluso plantearon también una parcial y no total separación de las colonias Americanas frente a España; así, dentro de este selecto grupo aparecía Bello con su fe en la idea monarquista como solución a los problemas de orden de las colonias Americanas.

“Bello, como sabemos, no fue separatista, sino hasta que las circunstancias lo persuadieron de lo contrario; Bello, como sabemos, fue monarquista, como fueron monarquistas Belgrano y San Martín; como lo fueron sus amigos de Londres, Blanco White y García del Río, y como lo fueron Lucas Alamán o el mismo primer presidente del Perú, Riva Agüero (todos herederos del espíritu fidelista de La Marquesa de Yolombó)”⁵⁷.

La opción monarquista que Bello consideraba como la más adecuada para la organización política de los países independizados, fue muy criticada y satanizada por algunos intelectuales y estudiosos de este autor, sin embargo el monarquismo parece un modelo muy razonable si se entiende la formación intelectual y cultural de Bello, sin olvidar por supuesto el miedo al republicanismo francés de ese momento y la preocupación de este pensador por lograr el orden dentro de estos países y de esta forma iniciar de manera ordenada la formación de las nuevas naciones. A este respecto el caraqueño planteaba: “Bello agregó en la misma carta que “estoy persuadido que [la paz en Hispanoamérica] no podrá consolidarse jamás bajo otros principios que los monárquicos”⁵⁸.

A pesar de la confianza de Bello en el monarquismo, circunstancias sociales como la instalación de gobiernos republicanos en algunos países de Hispanoamérica, llevarían a este poeta a pensar en el republicanismo como la opción que se propagó en el nuevo continente y por ende la que debía llenar de contenido. Sobre este cambio de percepción es importante resaltar que Bello como gran cosmopolita tuvo en su momento la capacidad, primero, de entender las nuevas condiciones de los países independizados, y segundo,

⁵⁶JAKSIC. Op. cit., p. 47.

⁵⁷GÓMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. Marginalia. La independencia literaria en Hispanoamérica. En: Ideas y Valores. Revista Colombiana de Filosofía. Diciembre, 2010, no 144, p.5-27.

⁵⁸JAKSIC. Op. cit., p. 75.

de trabajar decididamente para alimentar ese republicanismo sin añorar con sentimentalismos el sistema monárquico. En “La biblioteca americana” se puede observar que el republicanismo va a ser uno de los principales temas de trabajo y se aborda de una forma clara y extraordinaria, analizando a una teórica del republicanismo como lo es Madame de Stael. Es así que, “Al aceptar esta realidad, Bello completó su evolución política, y empezó entonces a buscar los medios de fortalecer las instituciones republicanas, sobre todo ahora que parecían tener la posibilidad de sobrevivir. La investigación pasó a tener un papel preponderante en esta búsqueda”⁵⁹.

Para ilustrar este cambio del monarquismo al republicanismo, es importante decir que después de la invasión napoleónica, en Caracas sucedió una especie de rebelión disfrazada. Se declaró una junta adepta a la corona, pero que en su interior estaba conformada por jóvenes “mantuanos” (término para referirse a aristócratas cultos, entre ellos Bolívar), adeptos algunos a las ideas francesas, jugando a aplacar a los conservadores y al mismo tiempo a propender por una separación definitiva entre América y España.

Desde Inglaterra e influido por el carismático Francisco Miranda, Bello fue cambiando sus ideas a favor de la independencia sin llegar a ser un radical como lo fue Bolívar. Andrés vivió estos días en una especie de neutralidad y de serenidad, pues no se encontraba en el calor de las tierras americanas. Y es así que se le atribuyen las observaciones escritas a la constitución que de Venezuela viajó a Londres, donde justifica muy cautamente y en un tono que llega a ser nostálgico los hechos independentistas por medio de las siguientes razones:

- 1) los hispanoamericanos no han tenido una representación adecuada en el gobierno.
- 2) la legislación colonial española ha favorecido la creación de monopolios comerciales que afectan los fundamentos mismos de la sociedad hispanoamericana.
- 3) las demandas de los representantes americanos ante las Cortes de Cádiz han sido tratadas con indiferencia por el gobierno Español.
- 4) de acuerdo con Locke, el gobierno legítimo deriva del consenso del pueblo; si la autoridad en ejercicio no favorece el bien común, el pueblo puede tomar el poder⁶⁰.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 77.

⁶⁰ CUSSEN. *Op. cit.*, p. 55.

En el momento en que la independencia de Venezuela se comienza a ver como una realidad, la pregunta que emerge tiene que ver con el tipo de organización apropiado para las nuevas naciones. Algunos planteaban que se debería adoptar el modelo político americano, pero Miranda objetó esta iniciativa, diciendo que las condiciones en este territorio eran diferentes y por tanto una organización de este tipo podría generar divisiones internas que pondrían en riesgo la emancipación.

A su vez, Bello –lector de Montesquieu– también pensaba que copiar el régimen federal americano no convenía debido a las condiciones americanas, en estos términos: “La idea de que las formas políticas de gobierno deben derivarse de la particular cultura e historia de un país es, desde luego, un lugar común de la Ilustración, un socorrido concepto que conoce cualquier lector de Montesquieu”⁶¹.

Hacia 1820 José Irisarri, diplomático chileno, invitó a Bello a participar en la publicación del periódico “El Censor Americano” donde desde el prospecto se nota una idea que hoy parece fantástica, la cual tenía que ver con la iniciativa de importar un rey europeo que asumiera los nuevos regímenes monárquicos del nuevo mundo, así lo planteaba Bello: “Es imposible abandonar el mal camino y tomar el bueno, si no se conoce la naturaleza de cada uno”. El mal camino, como el periódico se dispone a mostrar, es el republicanismo, mientras que el buen camino es el monarquismo⁶².

Los violentos hechos después de la revolución en Venezuela en 1810 produjeron escozor en Bello, quien en sus poesías gritaba que las llamas de la guerra entre realistas y patriotas estaban consumiendo los parajes americanos y hasta reclamaba el regreso al poder de Fernando VII.

Ya alrededor de 1813, se ve cómo este poeta se movió entre disyuntivas que tenían que ver con la independencia o la lealtad frente a España. No obstante, posteriormente y con textos como la Biblioteca Americana, toma una posición más clara, y al mismo tiempo, comienza a profundizar alrededor de las mejores formas institucionales en aras de darle orden a las nuevas repúblicas. Esta profundización alrededor de modelos sociales, lleva a Bello a estudiar el Medioevo, especialmente desde el poema del Cid, descubriendo que antes de que España adoptara el modelo absolutista, se contaba con una especie de monarquía constitucional, donde lógicamente el rey estaba controlado por una especie de parlamento.

⁶¹ *Ibid.*, p. 57.

⁶² *Ibid.*, p. 108.

Allí, en un pasaje del Cid, se puede ver un modelo que estaría en medio del republicanismo absoluto y el despotismo radical, esto es, “en este pasaje de la Jura de Santa Gadea, Bello encontró lo que él llamó “este hermoso ideal”, la restricción enérgica pero contenida de un héroe popular a un monarca – ni absolutismo ni republicanismo”⁶³.

Es definitivamente durante la reconquista Española comandada por Fernando VII en 1814 y 1815, que Bello se adhiere a la causa patriótica, entre otras cosas por el aura de venganza de las tropas ibéricas, sentimiento reflejado por las atrocidades cometidas durante su intento de retomar el poder. Siguiendo la evolución del pensamiento de Bello, hay que decir que su percepción frente a la iglesia católica cambió drásticamente teniendo en cuenta su devotísima fe; ya se veía a un Bello crítico de la institución religiosa, seguramente influido por círculos protestantes en Inglaterra y por las actuaciones de poder de los monarcas de la santa sede. A pesar de esto, no se puede afirmar que el caraqueño abandonó el catolicismo.

Finalmente, el camino del republicanismo tomado del modelo romano, es el que acoge Bello, sin decir que dejara de pensar que el monarquismo fuera el más adecuado sistema político, “como Voltaire, Bello –aunque probablemente seguía creyendo en las ventajas de la monarquía –podía considerarse un republicano”⁶⁴. Es importante observar también que “Para el año 1823, Bello estaba convencido de que el futuro de Hispanoamérica estaría vinculado al republicanismo”⁶⁵.

2.4 La biblioteca americana como ideal de emancipación y de cultura intelectual

La Biblioteca Americana nace, entre otras cosas, como reclamo a las actuaciones de España mientras ésta sostuvo las riendas del nuevo continente. Al país ibérico no le interesaba que los americanos conocieran el mundo por temor a que éstos se les salieran de las manos. De esta manera, la pobre comunicación y relación de Hispanoamérica con el resto del mundo, le impidió conocer a profundidad los adelantos científicos, literarios, políticos, intelectuales, económicos.

⁶³ Ibid., p. 71.

⁶⁴ Ibid., p. 132.

⁶⁵ Ibid., p. 132.

“La política española tuvo cerradas las puertas de la América por espacio de tres siglos a los demás pueblos del globo; i no satisfecha con privarla de toda comunicación benéfica con ellos, le impidió también que se conociese a sí misma”⁶⁶.

Las investigaciones de Andrés Bello en la década de 1820, cuando residía en Inglaterra y la independencia de Hispanoamérica era un hecho, muestran de manera importante la preocupación de este diplomático por la construcción de las nuevas naciones. Además de publicar sus investigaciones, Bello, como un buen ilustrado, propendió por la difusión de ideas en variados campos como el arte y la ciencia, esto con la idea de que toda esta información era sumamente necesaria para el desarrollo de los nuevos Estados hispanoamericanos.

Se estrenó en Inglaterra en 1823 la revista “La biblioteca americana”, la cual contenía temas variados como poesía, ensayos de literatura medieval, trabajos sobre autores, temas políticos, geografía, temas lingüísticos, etc., todo ello creaciones, extracciones y traducciones de Bello y García del Río al español, pues el interés era la difusión de este texto en Hispanoamérica.

Vale resaltar que esta revista fue el resultado del arduo trabajo del cartagenero Juan García del Río y el propio Andrés Bello. Con “La Biblioteca Americana” se esperaba abrir el candado del conocimiento que España tuvo cerrado durante la colonia, en otras palabras: “Tales declaraciones eran coherentes con el plan ya bosquejado en el prospecto de “La Biblioteca Americana”, en el sentido de difundir la ilustración que España había tratado de impedir. La independencia, así, iba mucho más allá de lo puramente político, en la medida en que facilitaba la alfabetización, y por lo tanto, la civilización”⁶⁷.

La preocupación por sentar las bases literarias de la América Hispánica llevan a Bello y García del Río a emprender la construcción de la Biblioteca Americana, la cual es la fuente, inspiración y modelo para los escritores del continente que posteriormente enriquecieron la cultura y la tradición intelectual de Hispanoamérica. En palabras del profesor Juan Guillermo Gómez: “La Biblioteca Americana resumía así un ideario continental que, en cualquier caso, tenía sus antecedentes intelectuales y periodísticos”⁶⁸.

⁶⁶ BELLO, GARCÍA DEL RÍO y SOCIEDAD DE AMERICANOS. Op. cit., p. V.

⁶⁷ JAKSIC. Op. cit., p. 99.

⁶⁸ GÓMEZ GARCÍA. Op. cit., p. 5-27.

En este orden de ideas, la obra de este par de soñadores americanos intentó, como lo muestra el profesor Rafael Gutiérrez Girardot: “Asegurar las primeras conquistas de una independencia, es decir, a configurar en la vida cultural, política y social de Hispanoamérica la racionalidad que movió a los libertadores para evitar que el belicismo que como secuela dejó la guerra emancipadora degenerara en “heroísmo anárquico” militar⁶⁹.

El periódico “La Biblioteca Americana” tiene en su inicio un dibujo que representa la relación del mundo clásico europeo con el nuevo mundo; el primero de estos se relaciona con la mujer que viste trajes completos y el segundo tiene conexión con la mujer sentada que esta semidesnuda con apariencia indígena.

Aparte de esto, se pueden apreciar tres niños a medio vestir que reciben los siguientes regalos de la mujer europea: un telescopio, una lira, un libro, una esfera, un pincel y una paleta; objetos todos estos que, especulando, se puede decir que son esa herencia del continente de Colón como el lenguaje, el conocimiento, la ciencia, etc.: “El prospecto de la revista desarrolla esta estrecha dependencia cultural: así, el saber acumulado de occidente debe ser diseminado a través del nuevo mundo, poniendo fin a tres siglos de aislamiento y de ignorancia”⁷⁰.

Al mismo tiempo esta pintura deja ver los deseos todavía vivos de los autores respecto a Europa, observándola como ese padre que otorga sabiduría y conocimiento, además de un importante sentimiento hispánico.

La idea de una nación donde el intelecto sea el arma que lleve la vanguardia de una nueva sociedad, se gesta en un contexto que parece que tiende hacia la paz varios años después de la independencia. Pero sobre todo en un ambiente donde se entiende que la relación con el mundo y el avance en lo que respecta a la ciencia, el arte, la política, etc.; esas virtudes de tinte republicano que, en general, son los elementos esenciales para derrotar esa pandemia llamada ignorancia que tanto le preocupaba a Bello y que traía consigo esclavitud, vasallaje y atraso cultural. Ya se observa entonces que la intención de esta “Biblioteca Americana” consolidada en Londres, era establecer los elementos necesarios para llevar a las jóvenes naciones por el camino de la educación y del cultivo del pensamiento a partir de presupuestos clásicos occidentales y de lo que significaba el nuevo mundo.

⁶⁹ LASARTE, Javier y GUTIERREZ GIRARDOT, Rafael. El intelectual y la historia. Caracas: Fondo Editorial La Nave Va. Caracas, 2001. p.76.

⁷⁰ CUSSEN. Op. cit., p. 119.

2.5 Nación y Poesía

Las “Silvas” que compuso Andrés Bello durante su estadía en Londres, si bien son calcadas del estilo Virgiliano, sobre todo de “La Eneida”, son también un canto a lo que en ese entonces significaba para este poeta el ser americano. “Alocución a la Poesía”, que es la pieza plasmada en “La Biblioteca Americana”, comienza resaltando la virginidad y la naturalidad de las selvas americanas, las cuales después de colonizadas y saqueadas por los ibéricos, debían abandonar esa culta Europa en sentido político y volver sus ojos a la rusticidad del nuevo mundo donde estaba por construirse la idea de nación. Una nación obviamente desde el legado cultural, el cultivo de las letras clásicas y la lengua castellana que es tan importante para Bello. En efecto, “El poema “América” (Nombre inicial de las Silvas) quería tratar el problema del “redentor” y de la fundación de una nación, es decir, el problema de la independencia hispanoamericana”⁷¹.

“Alocución a la Poesía” continúa con la evocación al ambiente natural, colorido, variado y rural; todo ello encaminado a resaltar esa vida incorrupta del campo en un sentido virgiliano, esto es:

Pero éste tópicus virgiliano y la crítica a la vida corrupta de la ciudad –que volvió a florecer en el siglo XVIII –no era solo un homenaje a su inspirador: el campo idílico y la vida sencilla del labriego constituían la garantía de la paz, el fundamento moral de ella, que había sido destruida por la codicia reinante de las ciudades. Pero la invocación de Virgilio tenía otra intención más: la de dar a la nueva América, a las hazañas épicas que le abrieron sus puertas, una legitimación histórico-cultural, la de colocarlas en la tradición de la gran fundación de Roma⁷².

Rastreando algunas interpretaciones de la poesía de Bello plasmada en “La Biblioteca Americana”, vale reseñar que Pedro Henríquez Ureña la ve “como una declaración de independencia espiritual e intelectual de Hispanoamérica”⁷³. Una concepción relevante pues ya no es la implementación de Virgilio en este continente, sino que es la base sobre la que se va a construir la tan guerreada y sufrida autonomía cultural hispanoamericana.

⁷¹ GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. Para una interpretación de las Silvas de Andrés Bello: un esbozo. En: DIETER BORK, Hans; Greive, Artur y DIETER WOLL (eds). *Romanica Europae et Americana*. Bonn: Bouvier, 1980. pp. 232-234.

⁷² GUTIÉRREZ GIRARDOT, El intelectual y la historia, Op. cit., p. 77.

⁷³ CUSSEN. Op. cit., p. 121.

Antonio Cussen plantea que el escrito de Bello “Alocución a la Poesía” plasma una ruptura con Europa, pues este es un territorio viejo donde la corrupción de las ciudades es evidente, hecho que no ha ocurrido en América todavía, ya que aquí lo que hay es un territorio fresco y poseedor de un paisaje vigoroso que no existe en el viejo mundo. El siguiente fragmento de la poesía ilustra muy bien esta idea:

*¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
De dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos
En medio de la turba cortesana
El torpe incienso de servil lisonja?*⁷⁴

Sigue el poema con un hermoso pasaje donde se denota una crítica clara a la “ambiciosa rival filosofía”⁷⁵ que junto con “la coronada hidra”⁷⁶ –que en este caso es ese monarquismo absoluto y esclavista–, trajo tiempos de “barbarie i crimen”⁷⁷ que hicieron de la “libertad vano delirio”⁷⁸. Hay que resaltar que a pesar del apego de Bello a España y a Fernando VII, logra sacudirse y mostrar las injusticias que han desatado en Hispanoamérica la anarquía social que tanto le duele.

Además de cantarle a la naturaleza americana y denunciar los atropellos europeos, el poema les canta a los héroes de independencia a pesar de que Simón Bolívar, el personaje mitológico de las batallas, solo es mencionado superficialmente en un pasaje corto. Pero ello es así, porque el “libertador” tuvo actuaciones reprochables con uno de los más consecuentes independentistas y amigo de Bello, Francisco Miranda, a quien hizo que condujeran a prisión. De hecho, en otro de los pasajes de la poesía el caraqueño deja un mensaje entre líneas a Bolívar con algo de ironía, donde le dice que vendrán otras mejores plumas que le escriban a él.

⁷⁴ BELLO y GARCÍA DEL RÍO. Op. cit., p. 4.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 4.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 4.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 4.

La mitificación de la naturaleza en la poesía de Bello tiene, según Rafael Gutiérrez Girardot, un rasgo esencialmente político, en el sentido de que con esta iniciación literaria se busca configurar una identidad nacional en la realidad hispanoamericana. En efecto, “se ha interpretado esa búsqueda también como manifestación de la búsqueda de la “identidad nacional”⁷⁹.

Las Silvas de Bello se pueden ver como una declaración de independencia que después sería radical con Sarmiento, pero que nunca se vio reflejada en la realidad que, seguía contando con un tradicionalismo muy arraigado. En estos términos lo planteó Gutiérrez Girardot, quien recuerda cómo esta tensión se encuentra consignada de manera genial en “Civilización y barbarie”.

Y es que el mundo pastoril es el que se plasma en las Silvas americanas, sobre todo en “Alocución”, donde aparece una cuestión esencial que recalca Gutiérrez Girardot: si bien es una obra política, también es una obra que debido al reclamo pastoril, exige de alguna manera la tradición moral de viejo cuño español.

La literatura fue uno de los dispositivos políticos más efectivos que tuvo la independencia hispanoamericana. “Alocución a la poesía” se convirtió entonces en el precedente por excelencia de la búsqueda de una independencia intelectual a pesar de su estilo europeo-*virgiliano*. La práctica poética se tradujo en una actividad que comenzó a tocar poderes divinos y despóticos al mismo tiempo que deconstruía y construía referentes de identidad nacional para comenzar a darle forma a los nuevos Estados, como se puede evidenciar en la poesía de Bello junto con toda “La Biblioteca Americana”.

⁷⁹ GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. El tema de la naturaleza en la literatura hispanoamericana. En: *Eco Revista de la Cultura de Occidente*. Abril-Junio, 1978, vol. 32-33, no. 198-200, p. 888-896.

2.6 La literatura como gestora política

La generación de identidad nacional comienza por el cultivo del intelecto de cada individuo, intelecto que indudablemente está relacionado con la idea de Ilustración, ya que se plantea que esta cualidad es esencial para salir de la esclavitud, que a su vez es producto de la ignorancia y de la fuerza de las pasiones y no tanto de la razón. La independencia no solo política, sino también cultural, se da a través de las virtudes generadas por la educación, la cual debe ser el alimento del espíritu como queda claramente mencionado en “La Biblioteca Americana”.

Hay que resaltar que en esta revista los autores señalan la importancia del estudio como un hábito que además de ayudar a las personas a entender el mundo, es una actividad que alivia las dolencias del espíritu, que enaltece la virtud, ofrece compañía, enseña el valor de la justicia.

Así, estas ganancias que de verdad lo son para los individuos, son el camino que deben construir los pueblos para llegar a forjar un Estado establecido sobre una sólida idea de nación. “No es menor el influjo que tiene el cultivo de las letras sobre la gloria i libertad de las naciones”⁸⁰.

La incidencia de la filosofía tuvo un papel iluminador sobre Europa en el sentido de que la barbarie y el oscurantismo se fueron disipando gradualmente a medida que las nuevas ideas ilustradas brotaban de autores como Kant, Turgot, Talleyrand, Sieyès o Rousseau, solo por mencionar algunos. A este respecto, Madame De Staël fue una de las autoras más representativas de la Ilustración e hizo grandes aportes al estudio de la literatura, analizando cuál es la relación entre la cultura, la religión y la literatura. Además observó que la literatura es el oficio artístico que provee la felicidad, la gloria y la libertad a las naciones.

Para Madame De Staël la literatura desarrolla las facultades intelectuales de los individuos junto con su sensibilidad. Para ver este hecho basta mirar la historia literaria y sus cambios progresivos a través del tiempo junto con otros campos como la ciencia o la política.

⁸⁰ BELLO y GARCÍA DEL RÍO. Op. cit., p. 18.

La sensibilidad cambia de manera importante desde los griegos hasta los modernos, pasando por una serie de estadios que se pueden aprender si se bebe de la literatura, pues esta, a diferencia de las teorías políticas, más o menos abstractas, recrea las cotidianidades en la relaciones sociales de los individuos, lo que de alguna manera puede mostrar el sentir de las personas en los diferentes periodos del tiempo.

Forjar los imaginarios sociales es parte del trabajo de la literatura y del constructo intelectual, no en vano la sociedad moderna en cierta medida se ha alimentado de ideas de moral y de cultura determinadas por textos clásicos que muestran cómo debe ser la virtud después de la Edad Media.

Vale decir que si bien todas las ideas de virtud ayudan a construir la cultura de una sociedad, estas no son lineales y simples, sino que por el contrario cuentan con muchos matices que las complejizan; por ejemplo, hoy, en pleno siglo XXI, casi que nadie recomienda o sugiere una tiranía o un despotismo; sin embargo, muchas formas de opresión existen en los diferentes países, a veces incluso sin percatarnos de ello. A pesar de esto: “¡Cuán humano es, i cuán útil, conceder tan alta importancia a la literatura, al arte de pensar! Ya no se destruirá nunca el tipo de lo que es bueno i justo; no carecerá de guía el hombre a quien la naturaleza destina a la virtud; i en fin el dolor mismo podrá experimentar una saludable ternura⁸¹ .

Más allá de la felicidad en el hombre, la literatura, dice la Biblioteca Americana, otorga la gloria a las naciones y guía las actuaciones de los Estados. Se plantea que para un Estado es necesario contar con una moral pública que dé orden a la sociedad y que la herramienta más importante para ello es la literatura. “La moral pone los fundamentos sobre los que puede levantarse la gloria; i la literatura, aun prescindiendo de su alianza con la moral, también contribuye, de un modo más directo, a la existencia de esa misma gloria, que es el noble estímulo de todas las virtudes públicas⁸² .

⁸¹ Ibid., p. 25.

⁸² Ibid., p. 26.

La opinión pública se genera a través de la cultura intelectual de un pueblo, a su vez esta cultura es constructo de la educación, que es materia prima en una sociedad ilustrada al estilo de Madame de Stael. El despotismo es una amenaza que se materializa cuando se carece de una opinión pública bien constituida, la cual tiene la misión de hacer circular entre los ciudadanos las ideas de libertad y las que tienen que ver con las virtudes republicanas. Hay que recordar que la lengua como elemento unificador de una nación también es, para Bello, indispensable en la república, teniendo en cuenta que este concepto se refiere a la idea republicana, donde la virtud es esencial si se quiere un gobierno justo.

El entendimiento entre el gobierno y los ciudadanos debe darse por medio del lenguaje común y al mismo tiempo bien utilizado, ello para que la nación pueda comprender los designios de los gobernantes de turno. La elocuencia entre los que componen un Estado y el raciocinio de toda la nación son los elementos de unión con los que debe contar una sociedad Republicana, entre otros motivos, porque así se evita una tiranía, pues esta última se da por la ignorancia y por la falta de entendimiento por medio del lenguaje, fruto de la educación.

Pero esta formación de un lenguaje bien estructurado debe contar con una tradición literaria y cultural que llene de contenido a la nación en su conjunto, y precisamente esta es una de las tareas que emprendió Bello y García del Río con “La Biblioteca Americana”, la cual es para algunos el comienzo de una tradición literaria propia, esto es: “La palabra independencia sugiere e invita a pensar en una ruptura o discontinuidad entre el viejo régimen colonial y la cultura literaria de las repúblicas nacientes”⁸³.

Las independencias de los pueblos se deben sostener no en la fuerza sino en el poder del intelecto, para de esa manera construir una nación sólida; en palabras más justas: “El espíritu militar es el mismo en todos los siglos i en todos los países: no caracteriza la nación, no liga al pueblo con esta o aquella institución; antes bien es igualmente ap propósito para defenderlas a todas. La elocuencia, el amor de las buenas letras i de las artes liberales, la filosofía, he aquí lo único que puede hacer de un territorio una patria, dando a la nación que le habita un mismo gusto, unos mismos hábitos, unos mismo sentimientos”⁸⁴.

⁸³ GÓMEZ GARCÍA. Op. cit., p. 6.

⁸⁴ BELLO y GARCÍA DEL RÍO. Op. cit., p. 34.

La libertad ha derrotado en muchos lugares del mundo a los tiranos y a los déspotas que por demás no han sido pocos y seguirán existiendo en todas las épocas. Bello observa cómo los subyugadores manchan los períodos de la historia de las más grandes naciones. Se realiza un paralelo entonces entre la libertad, hija de la rabia personal de Guillermo Tell en Suiza y la independencia de las dos Américas del nuevo continente como sucesos de emancipación en contra de la esclavitud ejercida por algunos.

Lo que movió a los suizos a sacudirse de los déspotas fue el capricho de la libertad, sentimiento que llevó a que todos los individuos, independientemente de su oficio, se congregaran bajo el sentir patriótico, dejando de lado las mezquindades y los egoísmos. Por ello, dice Bello, la admiración hacia estos libertadores es universal, pues fueron ellos los que hicieron que los nervios de la libertad salieran a flote y conmovieran a toda una sociedad como lo muestra Schiller, uno de los más importantes intelectuales entre los alemanes, y uno de los que mejor plasma en su obra los ideales de verdad y de patriotismo.

En el pasaje dedicado a la obra de Schiller, sobre todo la de Guillermo Tell, se menciona el amor a la libertad como la esencia que debe alentar la organización entre los ciudadanos de una nación. Otro concepto clave en esta parte de “La Biblioteca Americana” es el de modernidad en contraposición a la esclavitud, esto es: “Los pueblos modernos han conocido mejor que los antiguos el principio vivificador del orden social. Estos lo referían todo al bien-estar de la comunidad, que ellos mismos habían reducido a muy estrechos límites por la odiosa institución de la esclavitud”⁸⁵.

La felicidad debe ser el fruto de la organización de las sociedades en torno a un espíritu común, capaz de unificar al pueblo en torno a leyes que controlen las pasiones sin perjudicar la libertad. La necesidad lleva a los individuos a organizarse en comunidad, pero a su vez es necesario frenar esos deseos de poder y arbitrariedad, originadores del caos y la anarquía, para ello: “Más se apareció la autoridad, i mando a todos por medio de las leyes”⁸⁶.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 71.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 204.

Para sostener una sociedad recién independizada se deben construir unas bases sólidas sobre una idea de nación clara a partir de tres elementos que son claros en “La Biblioteca Americana”: “Las artes, las leyes, la moral, he aquí, pues, los principales medios de civilización, i los verdaderos elementos de la ciencia social”⁸⁷. Por otro lado, se hace mención a que “la propiedad”, uno de los principales elementos del liberalismo clásico, es uno de los garantes de la estabilidad social y el gobierno es el que resguardará este derecho. La mixtura de las ideologías que se recepcionaron en la América Hispánica hace que no sea posible encerrar a autores como Bello y García del Río en una sola corriente de pensamiento, pues estos pensadores beben de muchas fuentes en aras de una construcción sólida de la idea de nación para el pueblo recién emancipado.

En la revista de Bello y García del Río se establece que la ley es la reguladora de las relaciones internas entre los ciudadanos de un país. Esta es la legislación interior y es la que funda el Estado social. El otro tipo de legislación es la que hoy conocemos como el derecho internacional, que se encuentra en este texto como “legislación exterior”⁸⁸ y es la que constituye el estado político. En este pasaje se plantea que las relaciones comerciales entre los países son mucho más importantes y estables que las relaciones políticas.

La idea de nación recae en el área del Derecho, que fue un campo en el que Bello hizo grandes aportes cuando finalmente llegó a Chile, construyendo el código civil de este mismo país, el cual sería tomado como modelo para construir los códigos civiles de Argentina y Colombia entre otros Estados Latinoamericanos.

La economía política, la ley y la moral forman un engranaje fundamental para el funcionamiento de la sociedad y para la felicidad de los individuos. “La economía política forma, por las artes, los vínculos de la sociedad; la legislación los mantiene por los poderes; la moral los confirma por los deberes: de aquí la felicidad, y el objeto de la sociedad i de la ciencia social”⁸⁹.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 205.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 208.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 210.

Lo que se acaba de explicar es lo que entienden por ciencia social los promotores y autores de “La Biblioteca Americana”, quienes reconocen que esta ciencia está por construirse y modelarse de acuerdo al significado de Hispanoamérica como un territorio joven y libre.

Un tinte muy moderno es el que resaltan los autores de la Biblioteca Americana cuando se refieren a la libertad individual como unos de los presupuestos para la felicidad de la nación. La protección de esta libertad individual que va muy ligada a la propiedad privada, genera que realmente exista una libertad pública y política.

Aquí el liberalismo se pone en evidencia con una de sus hipótesis principales sobre la propiedad, para pasar posteriormente a un esquema mucho más republicano en el sentido de la importancia de la participación en el escenario político o como dirían los filósofos, buscando pasar a la libertad positiva. Para controlar las libertades individuales se debe contar por supuesto con un cuerpo normativo, el cual va a materializar Bello con el Código Civil chileno, uno de los textos cúspides del Derecho en América Latina.

“Nosotros nos ceñiremos aquí a repetir que la libertad política no puede subsistir sin la libertad individual y la libertad de imprenta, i que para la conservación de estas, es necesario absolutamente proscribir toda detención arbitraria, i establecer los juicios por jurados, a lo menos en materia criminal”⁹⁰.

2.7 Bentham y la Representación Política

Con la independencia de Hispanoamérica, la mayoría de los políticos locales coincidían en que el gobierno debería ser de carácter representativo y en contraposición a los gobiernos despóticos que habían reinado durante años. Los ilustrados de la época estaban de acuerdo entonces en la necesidad de formar organizaciones políticas en base a la opinión pública, que a su vez les diera la fuerza necesaria para adelantar las reformas culturales, económicas, morales y sociales, en aras de alcanzar un orden estable. Por esta razón se conformaron en Venezuela, Chile, Cundinamarca y Buenos Aires, especies de congresos o asambleas populares, a las que se les entregó la tarea de construir los respectivos Estados.

⁹⁰ Ibid., p. 245.

El problema de las asambleas populares residía, a la luz de La Biblioteca Americana, en que los habitantes de Hispanoamérica no habían vivido bajo leyes que rigieran estas organizaciones políticas, no se les había educado en estos asuntos; por el contrario se contaba con una tradición de despotismo y tiranía; mucho tiempo debía pasar antes que entendiesen la teoría de la verdadera libertad, tan sencilla para quien ha nacido en un país en donde las leyes i las costumbres la enseñan; tan difícil para el que ha vivido bajo un gobierno arbitrario ⁹¹.

Como era de gran importancia saber administrar las nuevas juntas en Hispanoamérica, se propone en el texto de Bello y García del Río analizar el texto de Jeremy Bentham, llamado: “Táctica de las asambleas legislativas”, para con ello poder difundir el método y las reglas que deben guiar a los ciudadanos unidos en el congreso, en aras de un servicio efectivo frente a la patria y a la nación. Este texto mencionado del pensador inglés iba dirigido al Estado francés, pues allí las diferentes asambleas provinciales habían tenido inconvenientes en su proceder y en sus deliberaciones. No había en este tratado intenciones de enseñar a manipular el escenario político, de hacer trampa, de manejar un público deliberadamente; sino que existía una intención mucho más noble: “es designar el arte de conducir las operaciones de un cuerpo político, i de dirigir las al blanco de su institución, por medio del orden que debe observarse en sus acciones”⁹².

Si bien en la práctica los diferentes pueblos en la historia contaron con especies de asambleas o congresos que dirigían sus sociedades, fue Bentham uno de los teóricos que más se preocupó por este tema y lo trabajó ampliamente.

A pesar de que la forma de dirigir estas asambleas se puede utilizar en cualquier tipo de gobierno, las de Jeremy están dirigidas especialmente a los gobiernos republicanos, donde las asambleas además de ser muy complejas, son en extremo numerosas.

⁹¹ *Ibid.*, p. 247.

⁹² *Ibid.*, p. 249.

“Táctica de las asambleas legislativas” plantea consideraciones importantes para que este tipo de organizaciones perduren en el tiempo y sean de utilidad para los individuos de una nación, por medio de reglas que parecen obvias pero que incluso hoy no han podido ser aprendidas por algunos congresos.

Debe prevalecer la libertad de los integrantes de la asamblea, hay que darle importancia a la minoría y se debe utilizar un método de discusión que finalmente pueda reflejar la tan anhelada voluntad general. Los males de las asambleas por su parte, se pueden frenar evitando a toda costa la violencia, el fraude y la precipitación.

Bentham toma algunos elementos del parlamento inglés sabiendo que este no se puede aplicar tal cual, ya que obedece a toda una tradición histórica y cultural, sin olvidar que es un sistema que no está exento de inconvenientes. Por ejemplo, el hecho de que este parlamento cuente con dos partidos, hace que se genere un pragmatismo político, el cual no sería tal, si existiesen varios partidos en contienda. Hay dos causas que juegan en el éxito o no de una asamblea, por un lado su composición, la calidad de sus integrantes y el número, como cuestiones que tienen que ver directamente con la constitución política; pero por otro lado y es el asunto que más interesa aquí, se trata del modo de obrar y la forma en que la asamblea dirige sus decisiones.

Existen dos conceptos que se diferencian en aras de entender mejor la representación política. Estos son la junta y el cuerpo; el primero se refiere al conjunto o conjuntos de individuos que por estar asociados conforman un cuerpo político, que tiene que ver con un concepto mucho más amplio que el de junta. El cuerpo no tiene que ser una reunión de personas, puede tratarse de grupos no articulados que intervengan en alguna decisión de manera más bien separada; por el contrario, la junta supone debate, reunión, discusión respecto a algún tema. El parlamento británico es una institución que está conformada por un cuerpo nutrido por dos juntas y un jefe de estado; orden que a su vez ilustra claramente la diferencia entre el término de junta y cuerpo, siendo este último el ente encargado de la difícil tarea de emitir la voluntad general. Bentham observa que la decisión que toma la asamblea formada por la junta y el cuerpo debe tener en su seno la confianza pública, la cual se genera gracias a la publicidad.

La publicidad otorga una serie de ventajas, que le dan legitimidad y credibilidad al cuerpo legislativo. Como primera ventaja, controla los miembros de la asamblea para que actúen bajo unos principios dados; segundo, se genera una confianza en el pueblo y por ende una mayor aceptación de las decisiones políticas; tercero, abre el escenario para que los electores dirijan sus preferencias con un conocimiento anterior del cuerpo político; y cuarto, por medio de la publicidad, esta institución se puede alimentar del conocimiento del público en general. De hecho, la publicidad es un aura de honestidad y compromiso “que encierra toda la sabiduría i la justicia de una nación, decide siempre el destino de los hombres públicos, i no pronuncian penas que no sean inevitables”⁹³.

Un cuerpo político formado por dos juntas al estilo inglés tiene la ventaja de lo que hoy se conoce como equilibrio de poderes, esto es, al existir dos juntas dentro del parlamento, se espera que haya un control mutuo, disminuyendo así la posibilidad de demagogia y de que los intereses personales prevalezcan sobre los intereses colectivos. De existir más de dos cámaras o juntas en Inglaterra aumentarían las rivalidades, los disensos, y por ende las coaliciones podrían aplastar a una fuerza hasta asfixiarla completamente.

Finalmente el análisis de los planteamientos de Bentham permite observar que en este momento histórico en el que se creó La Biblioteca Americana, se estaban buscando alternativas de organización política, con el fin de cohesionar la idea de nación. Bello y García del Río, por su cercanía a Bentham y por supuesto a Inglaterra, ponen en escena el cuerpo político de este país con la idea de tomar lo que mejor consideren de esta organización, sabiendo que Hispanoamérica constituye un territorio propio y único, que como tal necesita “inventar” o construir un modelo propio de nación, cultural y políticamente hablando.

Desde “La Biblioteca Americana” se observa que la idea de nación en Andrés Bello tenía que ver con una sociedad humanista y erudita. Una sociedad donde la lengua usada correctamente fuera el elemento que llevara a los individuos a organizarse en torno a un régimen político donde la virtud y la libertad actuaran como ejes principales.

Precisamente esta revista fue el resultado del esfuerzo de Bello y García del Río por forjar una cultura literaria que diera identidad y conocimiento científico y humanístico a los pueblos hispanoamericanos.

⁹³ *Ibid.*, p. 256.

La nación plasmada por Bello aportó al escenario político y propuso la idea de asegurar la independencia de 1810 en Hispanoamérica a través de la construcción de una cultura intelectual que le diera sentido a la idea de nación. Es por ello que el poema “Alocución a la poesía”, plasmó una crítica a los modos de gobernar por parte de la corona y reclamó volver la mirada al nuevo mundo donde habían unas naciones por construir.

Hay que observar que “La Biblioteca Americana” fue una propuesta clara para la consolidación de una idea de nación. La incidencia de la educación y del estudio junto con la práctica del quehacer literario hace que los individuos desarrollen capacidades que los lleven a plantearse una sociedad políticamente estable bajo una cultura propia. En este sentido, la literatura ha actuado a través de la historia como un camino que ha trazado los rumbos de las naciones, solo basta observar las sociedades europeas para evidenciar la influencia de la literatura sobre sus convenciones morales, sociales, políticas y culturales.

La búsqueda constante de una idea de nación también está consignada en “La Biblioteca Americana” donde se observan diferentes modelos de gobiernos como los que estudió Bentham. Ello para tomar lo que pueda ser importante en la organización política de la nación. Así como el Estado inglés se forma sobre una idea de nación diferente a la idea de nación de Estado francés, se tenía que construir una idea de nación para de esta forma ir moldeando los nuevos Estados hispanoamericanos. Respecto a esto, Bello intentó forjar una idea de nación desde la lengua, la literatura y en general desde una cultura que le diera solvencia y solidez a lo que se había ganado en el campo de batalla.

3. Cosideraciones propias

3.1 La eterna discordancia entre la realidad y lo ideal

Realizar un análisis histórico en el marco de lo político a comienzos del siglo XIX a partir de unos de los Arquitectos de América como lo fue Andrés Bello, es importante en la medida en que es una época crucial que marca el camino de los que llegamos a ser o llegaremos a ser como individuos de América Latina. La carrera intelectual, social, y hasta cotidiana, va generando diferentes cuestionamientos dentro de los cerebros y las almas de los que estudiamos el desarrollo de las diferentes sociedades.

Es así como algunas de las siguientes preguntas despiertan el interés de volver a indagar los hechos políticos, económicos, sociales y culturales en el siglo XIX, a saber: ¿Por qué somos de esta forma los latinoamericanos, algo así como una mezcla entre rezanderos, fiesteros, corruptos, inteligentes y/o más bien retardados, etc.? ¿Por qué no podemos superar esa peculiar mixtura entre gobiernos matones y trogloditas y élites cosmopolitas dueñas del dinero, del poder y de las armas? Otras preguntas de más estilo político y más locales como por ejemplo: ¿Cuáles son esas verdaderas fuerzas que no han permitido en Colombia una verdadera revolución burguesa que separe el mercado del Estado?

Para que, de una vez por todas, permita avanzar a lo que en su momento Marx llamó una revolución burguesa, la cual afirma el Manifiesto Comunista, mejorará indiscutiblemente las condiciones de los individuos. Preguntas de estilo intelectual, como por ejemplo: ¿por qué no conocemos los latinoamericanos a nuestros escritores que nada tienen que envidiarle a los europeos o a los chinos, es el caso Bello, Bolívar o Martí? Preguntas de tipo religioso: ¿Cuál es la verdadera religión de nosotros, o es una revoltura de catolicismo, protestantismo, masonerismo, conservadurismo, liberalismo o indigenismo? En fin, más allá de responder todas estas cuestiones, de lo que se trata es de llamar la atención para comprender lo que nos rodea, no sirve o nos estorba en nuestra sociedad.

⁹⁴ GARCÍA DEL RÍO, Juan. Revista del estado anterior, en el repertorio americano, citado por COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Bogotá: Tercer Mundo, 1987. 57-58.

El trabajo de conocer las vicisitudes del siglo XIX no solo debe servir para alimentar las estanterías de las bibliotecas, sino para hacer un balance con respecto a los intereses intelectuales individuales, a los objetivos de un pregrado en Ciencia Política, a los intereses científicos de una universidad e incluso a las necesidades y problemáticas de una sociedad colombiana que se desconoce y por ende se impide un desarrollo cultural que sea tan amplio como emancipador. Una universidad europeizada, unas ciencias humanas clásicas, pueden ser un punto de partida, sin llegar a ser un punto único de referencia, esto es, las formas de pensar importadas, son importantes, pero la posibilidad de transformar lo que viene y lo que es propio, es uno de los retos científicos más importantes si se quiere avanzar en una sociedad políticamente fuerte y estable.

La experiencia universitaria es enriquecedora en el sentido de que las perspectivas intelectuales se abren y se amplían semestre tras semestre. Lo que era una dinámica entre conocimientos que iban y venían casi siempre desde Europa, se convirtió en la posibilidad de profundizar en un conocimiento forjado desde el propio seno del continente de América Latina, el cual es olvidado a menudo por una humanidad que galantea con las encopetadas concepciones racionalistas-ilustradas-liberales, pero que no se preocupan por difundir las preocupaciones de la casa y mucho menos crear, como lo plantearía Fals Borda, un conocimiento desde las sociedades, un saber de abajo hacia arriba.

La importancia de conocer las sociedades desde sus tradiciones y sus peculiaridades no solo sirven para saber moverse entre las tramoyas cotidianas, sino y aunque no parezca verdad, para enfrentar los problemas planteados desde las altas esferas políticas. Esta es una de las enseñanzas del a veces mal comprendido Andrés Bello, quien en un muy recordado debate con un acérrimo contradictor suyo como lo fue José Victorino Lastarria, sacaría a relucir sus mejores conocimientos de la comunidad hispanoamericana.

Lastarria era un liberal afrancesado, enemigo de la religión y de las tradiciones que encarnaran un retrasado mundo colonial, no obstante cuando pensadores de este estilo propendieron por implantar los modelos modernos en su esencia y borrar la herencia hispánica de un solo tajo, la realidad, como una mole de hierro, se mantuvo firme frente a estos tirones.

Por esta razón, en las memorias históricas que escribe sobre la fundación de la universidad de Chile, dijo que el pasado colonial estaba completamente “vivo en el espíritu social” de su país, a pesar de una independencia inútil por no haber podido superar esos viejos estadios anti modernos. A estos cuestionamientos responde García del Río de la siguiente manera:

Aunque sea cierto que hemos arrojado muchos de los vergonzosos andrajos con que nos vistieron el despotismo y la superstición; aunque no pueda negarse que nuestras almas han recibido en cierto modo un nuevo temple en la escuela de la revolución, y en la nueva carrera de actividad que en todo género se nos ha abierto; aunque sea indudable que nuestros hábitos, nuestras costumbres y todo el tono y aspecto de la sociedad han cambiado y mejorado (...) conservamos todavía no pequeña parte de la herencia que nos legaron nuestros padres. Se necesitan todavía muchas y graves reformas en todo cuando conduce a la felicidad doméstica, social y pública: se necesita dar grandes hachazos al árbol corpulento de la superstición y de las preocupaciones⁹⁴.

Sobre este debate, Bello le planteaba a estos liberales como Lastarria que ideas modernizantes como las afrancesadas Liberales no se podían importar al territorio Latinoamericano tal cual, pues se debía tener en cuenta que las tradiciones culturales, primero son diferentes y segundo, para cambiarlas, se necesita de una tradición de pensamiento que otorgue identidad a los ciudadanos de un territorio. Para ello, la independencia significó un primer paso, pero la formación de un ideario cultural propio era más bien compleja, y necesitaba de un trabajo arduo e incansable. Sin embargo, tanto Bello como Lastarria coincidían en el propósito de llagar a consolidar una sociedad independiente política y culturalmente.

Hoy, Colombia es un país que tiene grandes aspiraciones, pero para estas aspiraciones cuenta con unos pulmones más bien desgastados, viejos e incapaces para dar hondos suspiros, es decir, es un Estado que quiere entrar en las lógicas internacionales, en lo que respecta a lo económico-comercial, pero sin contar producción que vaya más allá de simples materias primas; quiere mostrarse como un país civilista apto para los negocios, pero con grupos al margen de la ley que controlan vastos territorios abandonados por descuido y por conveniencia; quiere mostrarse como una nación culta, pero con profesores sobrevivientes en la competencia catedrática y con unas pocas universidades que no innovan sino que repiten lo que otros han creado; una representación política que no está en la capacidad de construir reformas serias, pues son tan incapaces como rapaces. Así, la consolidación de una democracia moderna se ve afectada por lo que el profesor Germán Colmenares se refiere a una sociedad agraria en su esencia:

⁹⁴ GARCÍA DEL RÍO, Juan. Revista del estado anterior, en el repertorio americano, citado por COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Bogotá: Tercer Mundo, 1987. 57-58.

“¿En qué consistían esas costumbres que presentaban una resistencia tan obstinada al desarrollo de “leyes morales” aptas para una democracia? Simplemente en los hábitos sociales de una sociedad agraria, en la predisposición del espíritu colectivo a la credulidad y a la sumisión, y por ende, en la tendencia a un conservadurismo rutinario sobre el cual se habían calcado instituciones autoritarias”⁹⁵.

Antes y durante la estadía en la universidad el ambiente social, político y académico se conjugan para hacer emerger preocupaciones y cuestionamientos alrededor de variados caminos intelectuales, en este caso, sobresale la preocupación por conocer nuestro propio pensamiento Latinoamericano desde la historia política. A partir de esa búsqueda de la mejor forma de aprehender las creaciones propias del continente, aparece Andrés Bello como uno de los pensadores que desde su propia vida se debatió entre las diferentes opciones para tratar de llevar a un mejor destino la tierra que lo vio nacer. Ese debate con muchos y con él mismo le creó una disciplina envidiable que lo llevaría a pelear por una independencia cultural de los pueblos hispanos. Para esta emancipación, la lengua castellana era una valiosa herramienta heredada pero susceptible de transformaciones, con la esperanza de que facilitara el entendimiento político de los nuevos ciudadanos con los nuevos Estados.

⁹⁵ COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Bogotá: Tercer Mundo, 1987. p. 58.

3.2 Nación, estado, élites y ciudadanía

La relación en las ideas y los hechos fue problemática desde los tiempos de las independencias, y hoy no parece que exista una buena dosis de armonía entre estos asuntos. No se trata tampoco de plantear que la armonía entre los ideales y los hechos de una sociedad sean propiamente la utopía; más bien se trata de aclarar que los acontecimientos dispersos, desordenados y complejos, dejaron en Hispanoamérica una herencia de inestabilidad social, de estabilidad en el poder y de inestabilidad en la violencia, con la cual han tenido que lidiar la mayoría de los países de la región y sobre todo los colombianos.

Los espontáneos movimientos de emancipación alentados por unas élites intelectuales dieron sus frutos en el plano político, ya que, finalmente se le arrebató el poder a España. No obstante, una ciudadanía desunida y con poca formación, sumada a unas élites con intereses personales claros, dieron lugar a un camino espinoso y propicio para que el gigante con botas de siete leguas, como llamó Martí al imperio, colonizara de una forma muy disimulada los Estados independientes.

A pesar de esto, varios intelectuales del siglo XIX como Sarmiento, Fernández de Lizardi o el mismo Bello, dejaron claro que el concepto de ciudadanía tiene que ver con el quehacer crítico, argumentativo, público; que logre en alguna medida denunciar los hechos que no lleven a la nación a un desarrollo integral en las esferas de la sociedad.

La nación, un concepto político asociado a la revolución francesa y a la teoría clásica, llegó a Hispanoamérica trastocado por las largas horas que tenían que recorrer los barcos en el incierto océano. Desde España, el conservadurismo traía la idea de una nación estática respetuosa de la tradición y de la cruz. Del liberalismo francés que contenía una doctrina moderna y secular, se importó más bien la conciencia de una nación libertina y peligrosa. Además de estas nociones clásicas de nación arribaron otras más republicanas, otras más populares y otras con una idea de nación desde el punto de vista cultural.

Pero más allá de todas estas ideas, este concepto se estrelló con una Hispanoamérica trastocada por el caos en la administración, en los conflictos territoriales, en la violencia; todo ello debido a la falta de normas claras. Ese fue el trabajo que emprendió Bello con resultados interesantes, pues de toda esa complejidad, logró organizar sus ideas y proponer, como lo hicieron sus colegas, formas organizativas para empezar estructurar la idea de nación.

En todo caso, todo este caudal de ideas produjeron grandes alborotos y disputas entre los intelectuales locales como fue el caso por ejemplo del debate ya mencionado entre Bello y Lastarria.

A su vez, Bello terminó acogiendo el republicanismo y una idea de nación cultural forjada a través del entendimiento político por medio de una herramienta vieja pero sumamente útil ya implantada en la sociedad hispanoamericana: la lengua. El discurso conmemorativo de la Universidad de Chile es claro en este sentido: “Nuestra civilización será juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea... ¿Cuál será el juicio que forman de nosotros un Michelet, un Guizot? Dirán América se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; remeda las forma de nuestra filosofía y no se apropió de su espíritu”⁹⁶.

Por su parte, el gran pensador argentino José Luis Romero siguió con la tradición trazada por Andrés Bello, en el sentido de tomar las ideas europeas y adaptarlas a las situaciones de los Estados independientes. Ello con el ánimo de construir una nación fuerte enmarcada dentro de un sistema jurídico, en este caso el primer código civil de Chile, el cual es una creación mezclada de diferentes tradiciones, el Derecho Romano, el Derecho Francés, el Derecho castellano, elementos jurídicos locales, entre otros. Romero, gran medievalista y conocedor del pensamiento y las revoluciones burguesas, realiza un amplísimo y agudo análisis del desarrollo de Hispanoamérica en el marco de las ideas del viejo mundo y el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

Una de las explicaciones más importantes de Romero tiene que ver con la tensión entre el campo y la ciudad, y con ello las mentalidades que tenían incidencia en este contexto. De esa manera se analizó la difícil dicotomía de una sociedad liberal y progresista dentro de una sociedad conservadora y tradicionalista.

Los intereses oscuros que han gobernado a Colombia durante los años de su existencia, dejan en el año 2012 unas élites en el poder demasiado vetustas e incapaces de encarar los cambios que requiere un país degradado en la falta de creatividad e independencia. Hay que decir que se cuenta con un poder político inerte, porque además de poseer un “conservadurismo rutinario” – en palabras de Germán Colmenares – en temas como los Derechos Humanos, el aborto, la eutanasia, las drogas, la violencia, el conflicto, la tierra, el sexo, la religión, la educación, la salud, el derecho, la gastronomía, la justicia, la economía, el arte, el pensamiento, etc., cuenta con algo mucho más grave, la falta de creatividad, de innovación.

⁹⁶ ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y la ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia, 1999. p. 13.

Cuestión que recuerda los años 70 cuando Estados Unidos ponía y quitaba gobiernos latinoamericanos a su antojo, práctica que hoy continúa, claro está, de una forma mucho más moderna, pero que igual coopta o mata la capacidad de inventiva de los pueblos de Latinoamérica. Pero no todo está perdido, al menos la región ha mostrado grados de independencia importantes frente a las grandes botas de los norteamericanos y los grandes emporios económicos. Y no es que países como Ecuador, Brasil o Bolivia, que han tomado rumbos un poco distintos a los tradicionales sean mejores o peores que antes, son diferentes, cosa que es saludable en la medida en que dinamiza las mentes de los ciudadanos y los lleva a debates serios en torno a sus sociedades, debates que van más allá del número de años de cárcel que se le deben dar a los ladrones de celulares y a los terroristas.

3.3 La educación y la nación

El “arquitecto de América” es un pensador que como dice el escritor Oscar Julián Guerrero: “Bello si se quiere, no denuncia, educa”⁹⁷. Se puede aducir que la preocupación del caraqueño tenía que ver con la capacidad de los ciudadanos hispanoamericanos de entender y formular juicios a cerca de las independencias. Para ello se necesitaba que el lenguaje fuera bien utilizado por el grueso de la población, hecho que además generaba un mejor entendimiento político. De esta manera, la lengua castellana, bajo criterio de Bello, tenía que ser simplificada para acelerar el aprendizaje y manejo de esta. Esos ideales de educación en las artes, la ciencia y la literatura, son para Bello la esencia de una nación; por esto no es sorpresa que él fuera el primer rector de la Universidad de Chile después de su llegada de Inglaterra.

En la definición de la Nacionalidad hispanoamericana, sin duda, el marco territorial aparece difuso o al menos alentado místicamente como un elemento secundario ante las prioridades que se deseaba atender de preferencia. La primera prioridad era la educativa. Sin educación, sin un grado de formación intelectual, de alta cultura, no podía ser pensada esa comunidad ideal.

La universidad, entonces, tenía que ser esa institución de carácter científico capaz de un poder grande de investigación y creación en los campos de las ciencias y de las artes. Partiendo de este presupuesto, es menester realizar un análisis de nuestra universidad en su estado actual, tomando como referente una de las mejores y últimas universidades públicas colombianas que ha sobrevivido a los embates del mercado como lo es la Universidad de

⁹⁷ GUERRERO P., Oscar Julián. La España de Andrés Bello: variaciones en torno a la independencia. p. 3. (artículo no publicado).

Antioquia, que a su vez puede ser reflejo del estado de la educación a nivel nacional.

La expectativa de entrar a una universidad que se ha destacado por ser pionera en la investigación va cambiando a distintos ritmos en la medida en que avanzan los semestres. Hay una sensación de satisfacción gracias a un puñado de personas allí que poseen ansias muy contagiosas por el conocimiento, por la investigación, por el debate intelectual y por la creación científica y artística. Esta es una de las sorpresas más gratas con las que cuenta la universidad. No obstante, y muy parecido a lo que ocurre en la sociedad, o lo que ocurrió en las independencias, siguen existiendo dentro de la universidad fuerzas retardatarias y avasalladoras que no permiten que esta sea una institución progresista al servicio de la nación. Intereses económicos, clientelares, reeleccionistas, políticos, personales y corruptos, encaminan a las universidades hacia una asfixia que ha terminado por estallar a algunas hasta el punto de ser cerradas por ser insostenibles.

El mercado actual incide para que las universidades sean centros de producción masivos, capaces de generar productos con una rentabilidad elevada, para que los grandes empresarios y dueños del capital puedan satisfacer sus intereses propios, que en este caso priman sobre los intereses de la nación. En contraposición a esta lógica, alrededor de 200 años atrás Bello lanzaba esta idea en el discurso inaugural de la Universidad de Chile: “Más que una suma de escuelas profesionales (pensando en el lucro personal), la universidad debe ser una institución de fomento y creación de ciencia (pensando en el desarrollo nacional)”⁹⁹.

“Los estudios universitarios de Bello se muestran como lo contrario a la rutina memorialista, a la docencia pasiva, fundada en el vicio inveterado del comentario de la glosa del escolio del resumen traducido, moda tan perversamente difundida como práctica pedagógica predominante en nuestros países”¹⁰⁰.

Hoy la universidad es una institución que debe propender por una profundización en el conocimiento y en la ciencia, más allá de ser una madre que repite a los estudiantes consejos y saberes superficiales y rutinarios que son incapaces de despertar la inventiva y la creatividad. Pero esta debe ser una tarea de todo el sistema educativo, el cual debe comenzar por reconocer las grandes falencias de la universidad hoy y comenzar a atacarlas de una

⁹⁹ Ibid., p. 16.

¹⁰⁰ Ibid., p. 17.

manera contundente. Dos de estas falencias, entre muchas, tienen que ver por ejemplo, con el nivel de profesionalización de los profesores que en este momento no alcanza los estándares; y con los problemas de financiación que afrontan las pocas universidades públicas sobrevivientes.

La educación debe ofrecer las herramientas para que los estudiantes sean unos individuos cosmopolitas que puedan pensar el mundo más allá de su localidad, de su casa, de su profesión, de su ciudad.

“La educación debe romper el ciego y estrecho reducto de provincia; debe propiciar un sentimiento elevado hacia la comunidad imaginaria nacional por encima de las mezquinas fronteras locales; debe contener un conjunto básico de conocimientos útiles en los que se armonice el terruño doméstico y la nación grande”¹⁰¹.

3.4 Algunas consideraciones finales acerca de la monografía

La idea de hacer una monografía en torno a un insigne intelectual como lo fue Andrés Bello, se gesta desde hace varios semestres, sobre todo desde el año 2010, que fue cuando se celebró el Bicentenario. Pero uno de los hechos circunstanciales que marcó este gusto por volver al pasado para escudriñar y entender nuestro presente, fue toda la dinámica investigativa en el “semillero de investigación: Estudios sociales y políticos en América Latina”, el cual fue atentamente coordinado por el profesor, investigador y amigo Rafael Rubiano Muñoz. Este grupo de investigación se interesó en el rescate del legado intelectual latinoamericano, el cual es poco conocido y en ocasiones despreciado por los investigadores súper positivistas y vanguardistas al extremo.

De igual forma los cursos relacionados con el pensamiento colombiano y latinoamericano fueron un gran incentivo para trabajar este tema. Por otro lado, el encanto y veneración de las ideas y los autores europeos por parte de la comunidad académica fue otro incentivo para girar la mirada hacia estos horizontes latinoamericanos, ello sin desconocer la importancia de estudiar las ideas clásicas de la cultura occidental como en efecto lo hicieron los intelectuales Hispánicos del siglo XIX. El problema del culto hacia lo europeo, es que se pierden de vista las condiciones propias de una sociedad que si bien es occidental, tiene sus rasgos característicos, pues la historia no es lineal y cada comunidad, cada país, cada nación, cada barrio, cada individuo, tiene intereses y rumbos diferentes.

¹⁰¹ Ibid., p. 18.

Desde que se comenzó a plantear esta monografía, ésta siempre ha estado sometida a cambios y modificaciones, hecho que deja una gran lección para cualquiera que desee convertirse en investigador, es decir, un trabajo se cuaja con el tiempo y la constancia propia y los aportes de otros. De igual manera, es claro que un trabajo de investigación no va a ser definitivo, pues por muy completo que sea siempre va a dejar abiertas las puertas para continuar otros y para derrumbar el que se hizo. Ese es uno de los pilares de la ciencia.

No se puede negar, y es una sensación general, la monografía requiere de una disciplina ardua y difícil de conseguir en estos tiempos del internet y del acelerado mercantil. No obstante, el esfuerzo de sentarse cada día y escribir al menos una oración o un párrafo, a veces mal escrito, alimenta las ansias de que en algún lugar del tiempo el tema de investigación propuesto va a quedar finalizado y se abrirán las puertas para otros que le pongan gasolina a esa llama del conocimiento y a ese arte de escribir, el cual es más difícil de lo que se dice y se piensa.

Lo que alienta esta investigación de historia política del siglo XIX es ese anhelo de una independencia política, económica, cultural y espiritual en torno a un fortalecimiento del pensamiento propio, que otorgue a los pueblos latinoamericanos la confianza y el entendimiento para salir de la dependencia que ha cocinado el mundo desarrollado por medio del poder económico y político, el llamado: fin de la historia.

Desde una educación bien estructurada, el mundo de los individuos de una determinada sociedad se abrirá, se podrá pensar más allá de la casa en que se vive y de la universidad en la que se estudia. Se podrá entender el mundo de una forma mucho más compleja y cosmopolita como en su momento lo hizo el autor referenciado aquí, Andrés Bello, como lo hizo Marx y muchas otras personas que han pasado por nuestro lado. Esto es:

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y que con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quito la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo en la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra¹⁰².

¹⁰² MARTÍ, José. Obras completas. Cuba: Nacional, 1964. 27 vols.

Bibliografía

BELLO, Andrés; GARCÍA DEL RÍO, Juan y SOCIEDAD DE AMERICANOS. La biblioteca americana, o miscelánea de literatura. Inglaterra: G. Marchant, 1823 1823. 2 t.

BURKE, Edmund. Reflexiones sobre la revolución en Francia. Madrid: Alianza Editorial, S. A., 2003. 358 p.

BUSHNELL, David. El régimen de Santander en la Gran Colombia. Bogotá: Tercer Mundo, 1966. 403 p.

COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Bogotá: Tercer Mundo, 1987. 202 p.

CUSSEN, Antonio. Bello y Bolívar. México: Fondo de Cultura Económica, 1998. 219 p.

FICHTE, Johann Gottlieb. Discursos a la nación alemana. España: ORBIS S. A., 1984. 275 p. 55.

GARCÍA DEL RÍO, Juan. Revista del estado anterior, en el repertorio americano, citado por COLMENARES, Germán. Las convenciones contra la cultura. Bogotá: Tercer Mundo, 1987. 57-58.

GÓMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. El descontento y la promesa: antología del ensayo hispanoamericano del siglo XIX. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003. 563 p.

~~~~~. Marginalia. La independencia literaria en Hispanoamérica. En: Ideas y Valores. Revista Colombiana de Filosofía. Diciembre, 2010. no. 144, p.5-27.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Fernán E. A propósito de las palabras de la guerra: los comienzos conflictivos de la construcción del Estado nación y las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX. En: Estudios Políticos. Julio-diciembre, 2004. no. 25, p. 37-70.

GUERRA, François Xavier. Modernidad e independencia: ensayo sobre las revoluciones Hispánicas. México: Fondo de Cultura Económica, 1992. 406 p.

----- y ANNINO, Antonio. (Coords). Inventando la nación. Iberoamérica siglo XIX. México: Fondo de Cultura Económica, 2003. 694 p.

GUERRERO P., Oscar Julián. La España de Andrés Bello: variaciones en torno a la independencia. p. 3. (Artículo no publicado).

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX. Maryland: University of Maryland at College Park, 1992. 72 p.

----- . Para una interpretación de las Silvas de Andrés Bello: un esbozo. En: DIETER BORK, Hans; Greive, Artur y DIETER WOLL (eds). Romanica Europae et Americana. Bonn: Bouvier, 1980. pp. 232-234

JAKSIC, Iván. Andrés Bello: la pasión por el orden. Santiago: Editorial Universitaria, 2001. 323 p.

LASARTE, Javier y GUTIERREZ GIRARDOT, Rafael. El intelectual y la historia. Caracas: Fondo Editorial La Nave Va. Caracas. 2001. 169 p.

LORENTE SARIÑENA, Marta y VÁZQUEZ JIMÉNEZ, Lidia. Introducción y notas. En: SIEYES, Emmanuel Joseph, ¿Qué es el tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios. Madrid: Alianza Editorial, 1989, 1994. p. 29-35.

MARTÍ, José. Obras completas. Cuba: Nacional, 1964. 27 vols.

PAINE, Thomas. Los derechos del hombre. Argentina: Ediciones Orbis, S.A., 1954. 380 p.

----- . Prólogo En: los Derechos del hombre. Buenos Aires: Ediciones Orbis, S.A., 1954. 220 p.

PALACIOS ROSO, Marco Antonio y SEMINARIO SOBRE LA CUESTIÓN REGIONAL COMO CUESTION NACIONAL EN AMERICA LATINA. La unidad nacional den América Latina: del regionalismo a la nacionalidad. Medellín: Colegio de México, 1983. 137 p.

----- y SAFFORD, Frank. Colombia: país fragmentado, sociedad dividida: su historia. Bogotá: Editorial Norma, 2002. 745 p.

ROMERO, José Luis. El pensamiento político de la emancipación. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1977. 2 v.

----- . Latinoamerica: las ciudades y la ideas. Medellín: Universidad de Antioquia, 1999. 396 p.

SIEYES, Emmanuel Joseph, ¿Qué es el tercer Estado? Ensayo sobre los privilegios: introducción y notas de Marta Lorente Sariñena y Lidya Vásquez Jiménez. Madrid: Alianza Editorial, 1989. 184 p.

URIBE DE HINCAPIE, María Teresa. Las guerras por la nación en Colombia durante el siglo XIX. En: Estudios Políticos. Enero-junio, 2001. no 18, p. 9-27.

----- . Las palabras de la guerra. En: Estudios Políticos. Julio-diciembre, 2004. no 25, p. 11-34.